

T_xM

TEATRO POR MALVINAS



OBRAS GANADORAS DEL
CONCURSO DE PIEZAS
BREVES DE TEATRO

TxM Teatro por Malvinas : concurso de piezas breves de teatro / Juan Salvador Ramos... [et al.]- 1a ed.- Morón : Macedonia Ediciones ; Ediciones del Laferrère, 2022.

110 p. ; 22 x 15 cm.

ISBN 978-987-4147-88-2

1. Teatro Argentino. 2. Guerra de Malvinas. 3. Islas Malvinas. I. Ramos, Juan Salvador.

CDD A862

Macedonia Ediciones

Cartagena 924, 1708 Morón, Provincia de Buenos Aires, Argentina.

web: macedoniaediciones.com

email: macedonia.ediciones@gmail.com

Ediciones del Laferrère

Almirante Brown 910, 1708 Morón, Provincia de Buenos Aires, Argentina.

Las fotos de soldados, familiares y cartas que aparecen en la portada forman parte del archivo de Casa Malvinas, un espacio dedicado a la memoria activa y la reflexión sobre las experiencias de vida durante el conflicto bélico.

Primera edición, abril, 2022.

Malvinas es memoria, es dolor, es abrazo. Malvinas es grandeza, juventud, miedo. Malvinas es distancia, frío, trinchera.

Somos una generación impregnada del olor a sal y a pólvora de las islas. De las narices congeladas y las noches en el barro. De las cartas lejanas y la muerte en la mira. De la calamidad de la guerra y la injusticia de la usurpación.

Somos también los que no volvieron, los que están ausentes, los que se fueron después, agobiados de sirenas y zumbidos.

A 40 años del desembarco de compatriotas en el sur más sur de nuestra Patria, quisimos que nuestro homenaje a cada uno de ellos y ellas tuviera forma de libro y de escena. Porque traer a quienes se fueron es una necesidad y un deber. La necesidad de tenerlos presentes. El deber de construir un futuro en el que ellos y ellas no sean invisibles.

En las palabras de estos diez dramaturgos late parte del inmenso amor del Pueblo de Morón a aquellos pibes.

Es más que un tributo. Es la reafirmación de la identidad de una Nación soberana que no se resigna a olvidar a los suyos ni a abandonar lo que le pertenece.

Desde Morón, Corazón del Oeste, para Malvinas, Corazón de la Patria.

Lucas Ghi
Intendente de Morón

PALABRAS PRELIMINARES

A cuarenta años de un hecho tan traumático como la guerra de Malvinas es necesario volver a decir, gritar, cantar, actuar, acaso para reflexionar sobre sus causas, sus consecuencias, para exorcizar al dolor y, fundamentalmente, para mantener viva la memoria. Así como en el mito de Perseo, el héroe logra vencer a la Medusa —a quien era imposible mirar de frente—, observándola a través de su escudo que le sirvió de espejo, así el teatro nos da la posibilidad de no quedar petrificados ante la medusa realidad y vencerla.

Agradezco todo el proceso de trabajo junto a los ex combatientes del Centro de Veteranos de Morón, que articulamos junto a Carlos Fasciolo desde que el Intendente nos instruyó para que pensáramos en acciones a realizar desde el 2 de abril de este año en adelante.

Agradezco, además, a los miembros del jurado, a quienes nos han enviado sus obras, a todos los que han participado para el montaje de las piezas seleccionadas para tal fin, y a Macedonia Ediciones.

Celebramos la publicación este segundo libro —el primero en soporte en papel— de Ediciones del Laferrère y felicito a las dramaturgas y dramaturgos cuyas piezas son parte de este volumen.

Daniel Zaballa
Director del Teatro Municipal
Gregorio de Laferrère

2022, 40 años de la guerra de Malvinas, el pueblo argentino se moviliza con diferentes actividades para homenajear a sus excombatientes.

Desde el municipio de Morón, el intendente Lucas Ghi, bajo la consigna “prohibido olvidar”, trazó directivas a todo su gabinete, para que realizaran diferentes actividades con el fin de mantener viva la llama de la memoria.

El director del teatro municipal, Daniel Zaballa, propuso al Centro de Veteranos de Guerra Morón una actividad con el nombre de *TxM, Teatro por Malvinas*, un concurso de obras que aborden la temática de la guerra.

Ya concursaron, ya fueron seleccionadas y las mismas serán vistas por nuestros moronenses.

Gracias a todos por poner lo mejor de sí para que Malvinas sea una política de Estado real, y que nos una, en un solo objetivo: que sean devueltas por Inglaterra, así entenderemos que la sangre derramada no fue en vano.

Reynaldo Arce
Presidente del Centro de Veteranos
de Guerra de Morón

Cuando Daniel Zaballa, Director del Teatro Municipal de Morón, nos convocó para ofrecernos la función de jurados de un concurso bautizado TxM, *Teatro por Malvinas*, nos sentimos frente a un desafío muy especial. No sólo por la responsabilidad de evaluar miradas poéticas sobre el tema; además, estaba nuestra propia inquietud al volver a esa parte tan significativa de nuestra historia reciente, tan viva aun en el recuerdo y en el sentir de más de una generación. Sumada a ello, la posibilidad de acercarnos a las miradas de otras y otros colegas, que nos instalaba en una zona de expectativa también muy movilizadora.

Los diez textos que se publican en este libro confirman que la iniciativa del concurso no podía resultar mas acertada: se trata de poéticas tan dramáticamente originales como potentes, por momentos estremecedoras hasta el desgarrar, por otros, profundamente emotivas y conmovedoras. Una vez más, el teatro se muestra como territorio propicio a la lectura de la historia desde la emoción y el amor, pero también como ejercicio de memoria indispensable para un futuro justo y posible.

Gracias entonces al Teatro Municipal Gregorio de Laferrère de Morón por convocarnos, y felicitaciones a las autoras y autores distinguidos por su meritorio trabajo.

Patricia Zangaro, Ariel Barchilón y Luis Saez

Jurados

LxS AUTORxS

Daniel Feliu. Es actor, dramaturgo e investigador. Integra el colectivo teatral Bondi. Es autor de obras como *Retornables* y *Feliz*, y del libro *García Lorca, el duende en Rosario* (Baltasara Editora, 2016). Estudió dramaturgia con Mauricio Kartun, Ariel Barchilón e Ignacio Apolo, entre otros.

Gabriela P. Manildo. Es actriz, directora, dramaturga y docente. Muy temprano, en su porteña infancia, descubre la pasión por las artes escénicas, actividad que inicia como un juego y que luego deviene en su vocación, llevándola a definirse hoy como Compositora de Ficción.

Domingo “Chicho” Vargas. Actor y Director teatral. Mendoza. Tiene 73 años. Se inicia en los años 70 manifestándose en el teatro social y político, práctica que le trae persecución y cárcel durante la dictadura. Con la democracia retoma la actividad con el teatro comunitario y la murga barrial.

Juan Salvador Ramos. 1987, Lanús, Buenos Aires. Director y productor de cine y televisión. *Escucha* (2015, BAFICI), *Proyecto Sub* (2015, Nuevas Miradas), *Civilizaciones Andinas* (2016, CONICET), *Raid* (2021, BAFICI). Actualmente es productor en Pavón Cine, una productora audiovisual radicada en la Ciudad de Buenos Aires.

Víctor Spala. Nació en CABA en abril de 1962. Participó en la guerra de Malvinas como soldado. En el 2020 publicó una novela corta *Cambio de andén. Despojos de una guerra*. Participó en talleres de narrativa para luego hacerlo en talleres de dramaturgia.

Pablo Iglesias. Como dramaturgo tiene estrenadas más de quince de sus piezas teatrales por las cuales recibió varios premios, entre las que se destacan *El baile del pollito*, *La constancia del viento* y *Rocanol*. Algunas fueron publicadas y traducidas al inglés y francés.

Carla Lis Conti. Argentina. Actriz. Dirección de teatro. Autora y escritora. Concertista de guitarra clásica. Premios en literatura, obras teatrales y poesía tanto nacionales como internacionales. Obras publicadas por distintas editoriales por concursos, y también en España donde estrenaron su obra *Ganadora*.

Javier Gervasoni. Rafaela. *Kampas* (La Gota); poemario *Falso Credo*; fanzines; *spoken word* (Negative Records). Guion de *Vermis*; colaboración en documental político *Fiat-Sauce Viejo*. En antología *Dos mil uno. Diciembre de los nadies* (Sudestada 2021); *Profana* (Perro Gris 2021); *Extrañas noches - Literatura visceral* (Frenéticos Danzantes).

Omar Daniel Tricarico. Buenos Aires, médico, escritor y guionista por la Universidad de Palermo, asistente académico. Autor de ensayos sobre cine, imagen y teatro, y guionista de numerosas piezas audiovisuales. Seleccionado en varios concursos de guión. Ganador del Concurso Internacional de Guiones CineCádiz, España.

Rodrigo Amuchástegui. Es doctor y profesor de Filosofía. Se han representado varias de sus obras. Obtuvo una Mención en III Concurso Nacional de Teatro Enrique Santos Discépolo y fue seleccionado para publicar en el Concurso de Guiones para Teatro breve (Universidad Interamericana de León, México).

LOS ELENCOS

Cuatro obras fueron seleccionadas para representar en el Teatro Municipal de Morón Gregorio de Laferrère, en el marco de la Conmemoración del 40º aniversario de la Guerra de Malvinas, en el mes de abril de 2022.

LLORAR DE RISA

de Daniel Feliu

YOLANDA: Adela Sánchez

VÍCTOR: Edgardo Alberro

Dirección: Alejandra Sánchez

MALVINA

de Gabriela P. Manildo

ANITA: Cecilia Fernández Folco / Micaela Belén Minelli

ANTONIO: Bruno Ignacio Pavone

Dirección: Diego Odonel Fernandez

EL SOLDADO

de Chicho Vargas

MARTÍN : Román Piñeyro

MADRE: Aldana Leyría

LUIS: Marcos Esquivel

Dirección: Natalia Arteman

A LOS PIBES

de Juan Salvador Ramos

JULIÁN: Alfredo Talisma

MARCELO: Gustavo López

CLAUDIO: Fernando Torrillate

Dirección: Sebastián Bastiancich

LLORAR DE RISA

Daniel Feliu

Personajes: Víctor, hombre de unos 58 años. Yolanda, mujer de unos 82 años.

Habitación de sanatorio. Una cama y una silla. Sobre la cama, el control de un timbre. Junto a la cama Víctor, tiene la camisa a medio abrochar y un zapato en la mano. A su lado Yolanda, viste uniforme de enfermera. Sostiene una chata.

VÍCTOR: ¡Váyase o llamo a la enfermera!

YOLANDA: ¡Por favor!

VÍCTOR: ¡Ya le dije que no! ¡Y menos en este momento!

YOLANDA: Víctor...

Víctor apunta a Yolanda con el zapato.

VÍCTOR: El estudio fue largo y mi señora me está esperando. Por su bien, váyase o va a tener problemas. Entra sin permiso y se hace pasar por enfermera, acosa a un paciente...

YOLANDA: Aunque vaya presa, necesito saber.

VÍCTOR: Tiene montones de libros, películas, notas... Todo lo que quiera saber sobre Malvinas está ahí.

Víctor suelta el zapato y agarra el control del timbre.

YOLANDA: Tus compañeros en Malvinas te decían Manolito, porque recién rapado te parecías a él. Tu papá tenía un flete, tu mamá era maestra normal y dejó de dar clases cuando se casó.

VÍCTOR: ¿Cómo sabe todo eso?

YOLANDA: Me lo contó Raúl.

VÍCTOR: ¿Quién es Raúl?

YOLANDA: El soldado Pereyra. Combatió con vos.

VÍCTOR: ¿Pereyra? Pereyra... Pero si él...

YOLANDA: Sí. Murió en combate. Era mi hijo.

VÍCTOR: ¿Su hijo?

YOLANDA: Sí.

VÍCTOR: ¿Usted es... Yolanda?

YOLANDA: Sí. ¿Te habló de mí?

VÍCTOR: Creo que sí. No me acuerdo, pasó mucho tiempo.

¿Era hinchada de San Lorenzo?

YOLANDA: Sí.

VÍCTOR: Como yo. Pereyra... Bueno señora, disculpe, pero va a ser mejor que se vaya.

Victor se abrocha la camisa. Yolanda toma la silla, la acerca a Víctor y se sienta.

VÍCTOR: ¿Qué?

YOLANDA: ¿Qué más te acordás de él?

VÍCTOR: Váyase, por favor.

YOLANDA: Raúl se reía mucho con tus chistes. Me lo contaba en las cartas. ¡Esperá! Una sola cosa te quiero pedir.

VÍCTOR: ¿Por qué ahora? Pasaron 40 años...

YOLANDA: Porque me estoy empezando a olvidar su risa.

Serán los años... mis años... ¿Me ayudás a recordarla?

VÍCTOR: Señora... Pasó mucho tiempo... hay recuerdos que...

YOLANDA: ¿Te acordás de alguno de esos chistes?

Victor se coloca un zapato, tambalea y se apoya en la cama.

YOLANDA: ¿Te ayudo?

VÍCTOR: No.

Victor se coloca el otro zapato.

VÍCTOR: Adiós.

YOLANDA: ¿Te acordás alguno de esos chistes?

VÍCTOR: No estoy para chistes.

YOLANDA: Uno solo.

VÍCTOR: Yo le cuento, pero después usted se va.

YOLANDA: De acuerdo.

VÍCTOR: ¿Me lo promete?

YOLANDA: Sí.

VÍCTOR: ¿Qué me preguntó?

YOLANDA: Si te acordabas de alguno de los chistes que le gustaban.

VÍCTOR: Me parece que... los de pregunta y respuesta. Sí. Esos le gustaban mucho.

YOLANDA: ¿Los de pregunta y respuesta?

VÍCTOR: Sí.

YOLANDA: ¿Por ejemplo?

VÍCTOR: ¿Sabe a quién le gusta el olor a pata?

YOLANDA: No.

VÍCTOR: Al pato.

Yolanda ríe.

VÍCTOR: ¿Sabe cómo se dice “bañate” en árabe?

YOLANDA: No.

VÍCTOR: Tu baranda me tumba.

Yolanda ríe.

VÍCTOR: Se ríe como él. O él se reía como usted...

YOLANDA: ¿Cómo? Contame...

VÍCTOR: Señora...

Yolanda toma el control del timbre.

YOLANDA: Es lo último que te pido. Después te doy el timbre para que me acuses y me lleven presa.

Víctor sonríe.

VÍCTOR: Se... se tapaba la boca con la mano. Así, más o menos. Si se reía mucho, lloraba y... creo que se ponía el dedo gordo y el índice en los ojos para secarse las

lágrimas. Yo le decía que parecía una lechuza, porque cuando se reía se le escapaba un sonido parecido. Esperaba a que se le estuviera pasando la risa, y entonces le decía “ya salió la lechuza” y se reía más fuerte todavía.

YOLANDA: ¡Es verdad! Hacía un sonido como de lechuza.

¿Cómo era?

VÍCTOR: Me está pidiendo mucho...

Yolanda se pone de pie, toma el control del timbre y lo coloca en la mano de Víctor. Tiempo breve. Víctor imita el sonido de lechuza. Yolanda ríe sin parar.

YOLANDA: ¡Me hago pis!

VÍCTOR: Bueno, tiene la chata a mano.

Yolanda ríe con más intensidad. Intenta hablar. Lloro. Pierde el equilibrio. Se apoya en Víctor.

VÍCTOR: ¿Está llorando?

YOLANDA: No. Sí. Lloro, pero de risa.

Yolanda se seca las lágrimas con el dedo gordo y el índice.

YOLANDA: Bueno, lo prometido es deuda. Muchas gracias, querido. Me voy.

Yolanda toma la silla y la coloca en el lugar de donde la sacó.

YOLANDA: A Raúl de chiquito le gustaban las canciones en las que había que responder. Más o menos como tus chistes. Había una... ¿cómo era?

Yolanda canta.

YOLANDA: Mi familia...

Yolanda mira a Víctor. Canta.

YOLANDA: Mi familia...

Tiempo breve. Víctor canta.

VÍCTOR: Mi familia.

YOLANDA: Sí señores.

VÍCTOR: Sí señores.
YOLANDA: Somos músicos de honores / Y tenemos
VÍCTOR: Y tenemos.
YOLANDA: Una orquesta.
VÍCTOR: Una orquesta.
YOLANDA: Por muchas generaciones.
VÍCTOR: Por muchas generaciones...
YOLANDA: Bueno, tu mujer debe estar preocupada. Gracias. Muchas gracias. Por la risa y por todo.
Yolanda se quita el uniforme de enfermera y se dirige hacia la salida.
VÍCTOR: Señora.
YOLANDA: ¿Sí?
VÍCTOR: Me acordé de otra cosa. Raúl siempre hablaba de su peceto relleno con ciruelas.
YOLANDA: ¿Sí? Era su comida preferida.
VÍCTOR: ¿Todavía lo hace?
YOLANDA: A veces. Cuando vienen mis nietos.
VÍCTOR: ¿Podría probarlo? Raúl le hizo tanta fama...
YOLANDA: Claro. Cuando quieras.
Yolanda toma el pullover de VÍCTOR y se lo da.
YOLANDA: Abrigate querido. Vas a tomar frío.

Fin

MALVINA

Gabriela P. Manildo

Dos (2) Personajes en Escena. Algunas voces pregrabadas en off.

23 de Junio de 1982, living de una casa de clase media argentina. Se ve la puerta de ingreso, junto a ella un gran ventanal, cubierto por cortinas anaranjadas, traslúcidas, sobre estas otras caladas color beige. El sol del mediodía cruza las telas e ilumina el espacio con una calidez abrumadora. Se ve un sillón de tres cuerpos, una mesa ratona y un televisor. Algunas plantas ofician como decoración, también hay cuadros y objetos varios. En este living, Anita, una joven de unos 25 años, que camina impaciente con el control remoto en la mano, está embarazada de unos seis meses. El televisor pasa de estar en mute a sonido, ella espera entre angustiada y esperanzada alguna información relevante sobre la llegada de los sobrevivientes de la guerra de Malvinas, porque entre ellos podría estar Antonio, su novio, de quién no tiene noticias hace más de un mes. Pronto en la TV aparece algo relevante, ella se sienta y sube el volumen.

CONDUCTOR DE TV (off): - Así llegan los soldados, vemos

el tape señor director...

Ingresa el tape, se oyen gritos y vitoreos.

SOLDADO (off): (Levantando la bandera argentina) ¡Esta es la que vale! ¡Esta es! ¡Gracias viejo, gracias!

Anita intenta ver los detalles de los hombres en la TV, pero poco se distingue. Pronto se oyen unas palmas, alguien llama a la puerta. Anita se levanta velozmente, se toma la panza, hizo un mal movimiento. Se oyen las palmas nuevamente.

ANITA: ¡Voy! ¡Ya voy! ¡Un momentito por favor!

Anita sale cuidadosamente, se siguen oyendo los vitoreos en TV. A los pocos segundos vuelve, trae consigo una carta. Cierra la puerta y se apoya en ella, acerca la carta a su pecho, está asustada. Despacio se dirige al sillón, se sienta, respira y abre el sobre. En ese momento vemos a

Antonio en otro plano, cubierto con una sábana como si fuera una carpa, con lapicera, papel, y una linterna ridícula.

ANITA & ANTONIO: Islas Malvinas, 15 de mayo del 82...

Anita, mi amor...

Anita se quiebra. Continúa leyendo en silencio, reaccionando al mensaje de su amado. Antonio continúa escribiendo.

ANTONIO: Te escribo estas líneas para decirte que te extraño con locura, que en estos últimos días lo único que me mantuvo en pie fue tu sonrisa en todos mis sueños. *(Se sonríe, un poco burlándose de si mismo)* ¡No me esperabas tan romántico! ¿Verdad? Es la distancia que me tiene así, revolucionado. En este momento quiero decirte que estoy perfectamente bien. *(Se le apaga la linterna, a los golpes la prende)* Bueno, perfectamente es un adverbio demasiado grandilocuente quizá, estoy bien, no sé si entero... pero estoy vivo, deseando volver a casa, soñando despierto con tu guiso de lentejas, con el perfume que le ponés a las cortinas y el apresto con el que dejás mis camisas como recién compradas. ¿Qué pavadas, no? Espero que ustedes allá estén bien, dale mis saludos a Chola y Tito, ¡recordales que ya nos dieron permiso para casarnos! No sea que se vayan a olvidar... *(Ambos se persignan)* Por mi parte junto con esta carta envió una a mis padres, para los que te pido también envíes abrazos y besos, y que no pierdan la fe y la esperanza. ¡Y no se olviden de escribirme! Las últimas noticias que recibí de ustedes fueron las del telegrama que mandó mi mamá, junto con tu foto mirando la tele. *(Antonio mira la foto, Anita la replica)* ¡Qué hermosa que sos, Anita mía! ¡Qué hermosa te tiene nuestra Malvina! Lo que quiero decirte es que

aunque reciba sus cartas mucho tiempo después, a mí me da mucha felicidad saber que están pensando en mí. Si supieras mi Anita todo lo que yo pienso en vos, la fuerza que me das, la tranquilidad que siento cuando cierro los ojos e imagino tus mimitos de domingo, tu pelo mojado saliendo de la ducha, con tu cara de traste tremenda porque el calefón anda fatal. *(Ambos ríen)* Es lo primero en mi lista para cuando vuelva, arreglar ese bendito calefón para que te bañes como la reina que sos. *(Anita se sonroja, Antonio dibuja torpemente unos corazones en la carta, como si lo que continúa le diese vergüenza)* Quiero pedirte disculpas por demorarme tanto en escribir, se hace muy complicado ir al pueblo y entregar las cartas, estos días no tuvimos descanso casi, gracias si comimos. ¡Pero no te preocupes, mi Anita adorada! Yo mantengo mi fuerza a base de imaginación. Cierro los ojos y puedo verte llegar con un bizcochuelo de naranja y la pava humeante, con ese aroma a tu matecito con yuyos del que tanto me quejé y ahora extraño como loco. Me animo a decir que detrás de la bandeja donde traés esa exquisita merienda se esconde esa pancita... ¡La puedo visualizar! Voy a llegar, mi amor, voy a llegar a verte la panza y a darte la mano, voy a estar ahí para nuestra hija, y para vos, mi vida, mi sol, mi Anita Mamá.

En el plano de Anita se escuchan vitoreos, paralelamente en el de Antonio tiros. Ella corre como puede afuera, él se cubre, pronto sale a la batalla. Anita vuelve al living, eran combatientes, pero no era su Antonio. Se sienta con desdén, respira y toma nuevamente la carta. Antonio, en otro plano, vuelve a estar cubierto por su sábana, pelea con la birrome hasta que le vuelve a andar.

ANTONIO: Quisiera contarte muchas más cosas, pero acá seguimos... en vilo, no hay grandes novedades, solo las tristezas del día a día, acompañadas de la valentía de los compañeros, del honor y el pánico, de la hombría y el horror. *(Anita llora, Antonio percibe que no es una buena idea, tiende a tachar, pero pronto tiene una mejor idea)* A veces creo que vos serías mucho mejor soldado que yo. La soldada Anita... ¡Pero qué digo! ¡La Brigadier Bianco, tiradora oficial de ojotas mata lagartijas! *(Anita ríe)* Mi amor, tu puntería me sería de tanta ayuda... a mí y a unos cuantos. ¡Y tus relatos de media noche calmarían la ansiedad de más de uno! Vos serías una excelente soldado, te lo digo de verdad. Tu templanza sería clave, tu prepotencia arrasadora y tu ingenio... ¡Un lujo! *(Ambos ríen notoriamente, alguien le chista a Antonio, que calma su risa)* ¡Si me harás reír sin saberlo, Anita querida! Vos serías realmente una soldado destacable, incluso formarías tu propio escuadrón: El escuadrón Capricorniano, terca y tozuda, pero siempre al frente y ganadora. Mi amor, te lo digo con toda la certeza, serías la mejor soldado y yo sería el mejor padre. Yo lo seré, ya vas a ver. *(Anita tiene una pequeña contracción, se reacomoda subiendo los pies al sillón)* Te escribo esta carta desde la oscuridad del dormitorio que compartimos con los compañeros, me ilumina la linternita del llavero que nos regaló tu hermana cuando vino con Carlitos del viaje a Las Grutas, ¿te la acordás, no? Pensar que me parecía un chiche inútil y me salvó la vida, mandale besos a ellos de mi parte también.

Se oyen nuevamente palmas fuera de la casa de Anita. Antonio oye un llamado, apaga la linterna y se hace el dormido.

ANITA: - ¡Voy! ¡Ya voy!

VECINA (*En off*): ¡Tranquila Anita! ¡No te preocupes! ¡Quería saber si ya llegó Tonio!

ANITA: (*Que con dificultad logró acercarse a la ventana, corre la cortina*) No, Betty, no llegó...

VECINA (*En off*): ¡Todavía, hermosa! ¡Va a llegar, me lo dice el corazón de bruja que tengo! ¡Sacate el banquito a la vereda y lo esperamos con unos mates!

ANITA: En un ratito salgo, Betty, gracias.

VECINA (*En off*): ¡Bueno, descansa la panza!

Anita saluda con la mano a Betty, luego cierra la cortina. Desde donde está vuelve a la carta, comienza a caminar nuevamente por el living, leyendo. Antonio mira a ambos lados, vuelve a taparse y termina de escribir.

ANTONIO: Voy a ir cerrando porque escribir tapado hasta la cabeza no se me da bien, y si saco esta luz a esta hora me van a hacer dormir afuera, pero te prometo que en mi próxima carta te voy a contar el chiste que hizo uno de mis compañeros el otro día, que se le había perdido la chaveta de la granada... (*Anita se toca la teta izquierda*) ¡Está completamente loco! Pero si no fuera por él y unos cuantos más, que mantienen el humor a flor de piel, los locos seríamos todos. Porque te recuerdo que tu futuro marido está en el Escuadrón Diversión, que no es poca cosa... (*Ambos ríen*) Repito para que no se te pase. Ya sé, Anita, no pongas esa cara, ya sé que no se te va a pasar. Dale mis saludos a todos por allá, y seguí preparando el cuarto del color que más te guste, no te pienso discutir más lo del rosa y el celeste, los colores son colores, y te digo más, me encanta el amarillo. ¿Sabés por qué? Porque es el color del vestido que te

pusiste la primera vez que te llevé al cine. ¡Soy distraído pero jamás con vos!

ANITA & ANTONIO: Te amo, no te lo olvides nunca...

Se oyen llantos fuera de la casa de Anita, ella se levanta velozmente como puede y va a la ventana, algún vecino recibió la peor noticia. Antonio deja la sábana y se alista para salir, a los pocos segundo sale de escena. Anita se asusta, vuelve a caminar y sube el volumen del televisor, que estuvo en mute todo este tiempo, se oyen vitoreos, llantos, gritos, mucha información en muy poco tiempo. Anita lo apaga, extenuada. Vuelve a la carta.

ANITA & ANTONIO (Off): Las amo a las dos. Mi Anita, mi Malvina. Anita llora, lentamente se sienta en el piso, se toma la panza. Mira la carta.

ANTONIO (Off): (Divertido) Posdata: ¡Descansen, locas, no se duerman tan tarde! Tuyo, Antonio, el Papá de Malvina.

La luz del mediodía baja un poco, una pequeña resolana invade el living, sobre el llanto de Anita se oyen vitoreos, luego llaves. Anita se voltea y ve a Antonio cruzar la puerta, ve a su Antonio volver a casa.

Apagón.

EL SOLDADO

Chicho Vargas

A Federico Lorenz y su vivencia personal de Malvinas

*Personajes: Martín: niño de 10 años. Madre: Señora de 43 años.
Luis: Soldado, 18 años.*

ESCENA I

Lugar: Ciudad de Puerto Madryn. Junio de 1982. Interior de una casa. El espacio se divide en dos partes. El comedor de la casa y el dormitorio de un niño. En el comedor, una mesa y cuatro sillas, una mesita con un teléfono. Un televisor, de espaldas al público, irradia luces y sonido indefinido. No siempre está prendido. En el dormitorio, una cama y un mesón grande con una maqueta de un campo de batalla, juguetes bélicos varios, soldados de plástico y un muñeco de He-Man. Al frente, una caja de cartón que simula una nave. Tiene alas dibujadas con fibra a los costados. Martín, el niño, juega y manipula los juguetes. Tiene un muñeco soldado en cada mano. Hace las distintas voces de los personajes.

MARTÍN: *(Con voz baja al ras del mesón)* ¡Atención Flecha Roja, atención! ¿Me escucha Flecha Roja?

CON VOZ DE FLECHA ROJA: Sí, lo escucho General, cambio y fuera.

MARTÍN: ¿Cómo está la trinchera azul, Flecha Roja? Cambio y fuera.

FLECHA ROJA: La trinchera azul está llenita de ingleses General, pero están “requete asustados”.

MARTÍN: *(Se incorpora y manipula los muñecos -soldados)* Atención, redoble de tambor. Suena la corneta. ¡Al ataque, Flecha Roja! Aquí están los valerosos soldados. Brom, brom, ratatata, brak, brak. “Que vengan que le presentaremos batalla”. ¡Mire cómo corren, Flecha Roja!

Ja, ja.

FLECHA ROJA: ¡Sí, sí! A cruzar la trinchera azul. Mire, ya se rinden, General.

MARTÍN: Y también asaltamos la trinchera verde, “vamos que ganamos”. ¡Brom, brom!

FLECHA ROJA: Y tiramos ingleses para arriba, así y así. ¡Vamos que ataca He-Man! ¡Zum, zum, snap, snap!

MARTÍN: *(Con un gesto pide silencio. Se escucha un sonido de voces de televisión)* Y ahora, Flecha Roja, me voy a la Nave para ver qué novedades tenemos. ¡Vamos He-Man! Y usted, atento y vigilante, Flecha Roja.

FLECHA ROJA: Atento y vigilante, General.

MARTÍN: *(Abre la tapa de una caja grande de cartón. Sale una luz. Se introduce y su voz se mezcla con voces de noticiero. Martín habla imitando voz de locutor)* ¡Qué emoción, sí señores y señoras, qué emoción! La gente apoya a nuestros valientes soldados. Todos llamando para regalar cosas, colchones, tapados, las camperas de la abuela, sí, 45 teléfonos llamando, atiende Susana Giménez. Vuelan los Pucará, los ingleses huyen asustados. Escriban chicos, una carta y un chocolate para algún soldado. ¿Escuchó Flecha Roja? Bufandas tejidas y Mantecol, “van a volver bastante gorditos”. ¡Escuchen! *(Aparece de la caja con los brazos en alto)* “¡Vamos ganando!”

MADRE: *(Entrando)* Martín, ¿qué estás haciendo?

MARTÍN: *(Oculto el muñeco)* ¿Quién, yo?

MADRE: ¿Y sino quién? ¿Qué estás haciendo?

MARTÍN: Nada, mamá.

MADRE: Nada. ¿Y esto qué significa? Este desorden, todos estos muñecos ...

MARTÍN: No son muñecos mamá, son soldados.

MADRE: ¡Otra vez, Martín! ¿En que habíamos quedado? Te dije que no me gusta este juego, Martín.

MARTÍN: ¿Y por qué, Mamá?

MADRE: Porque... este..., no me gusta y punto.

MARTÍN: Al Papá le gusta. Él salió con los camioneros tocando bocina.

MADRE: Ah, qué bien. Discuto con tu padre y ahora también discuto con vos?

MARTÍN: Si el Papá escuchara el redoble del tambor se pondría “recontento”.

MADRE: ¿Qué tambor?

MARTÍN: En mi Nave. Allí todo se escucha.

MADRE: ¡Basta, Martín! Guardá todo eso y prepará la cama, que me cuesta un montón que te levantes. ¿Y esto qué es?

MARTÍN: Flecha Roja, atento y vigilante.

MADRE: ¡Qué Flecha Roja ni Flecha Roja! A la cama. Yo voy a ver si puedo hablar por teléfono con tu Padre .

MARTÍN: ¿El Papá cuándo viene?

MADRE: Los camiones están retenidos en Comodoro. Únicamente circulan los militares. *(Pausa. La madre mira por la ventana)* Y allá, ¿qué estará pasando?

MARTÍN: ¿Qué pasa, Ma?

MADRE: Nada hijo. Tan jovencitos y con este frío.

MARTÍN: ¿Podría ser una chocolatada calentita, Mamá?

MADRE: Bueno, una chocolatada y a la cama. Y no quiero más juegos, guardá todos esos muñecos en una caja. ¿Estamos? *(Sale)*

MARTÍN: Sí, Mamá. *(Guarda los soldados y pertrechos de juguetes en la caja)* Bueno, granaderos, a descansar. ¿Y los aviones? No, los pilotos no descansan, los héroes del día.

Lo vamos a tomar por sorpresa. ¡Nuestros aviones!
Sí, sí, rumm, rumm. Claro que sí ¡Vamos a hundir ese
barco que allí viene, zum, zum!

MARTÍN: *(Con un gesto pide silencio, se escucha el sonido no definido de un televisor)* Voy a mi Nave a ver qué pasa. ¡Vamos He-Man! *(Se introduce en la caja grande de cartón)* Atento y vigilante, Flecha Roja.

FLECHA ROJA: Sí, General, atento y vigilante.

MARTÍN: *(Habla desde adentro de la caja)* Flecha Roja, buenas noticias, “vamos ganando”.

MADRE: *(Entrando con una bandeja)* Nene... la chocolatada.
¿Dónde estás?

MARTÍN: Sí, mamá, acá.

MADRE: ¿Pero qué hacés? ¿Otra vez metido en esa caja?

MARTÍN: Es una máquina de viajar, Mamá.

MADRE: Basta ya, Martín. Chocolatada y a dormir.

MARTÍN: ¡Ufa, Má! *(Se empieza a cambiar de ropa)*

MADRE: Y no te olvides que mañana tienen simulacro.

MARTÍN: Ya me lo sé de memoria, Mamá. Suena sirena, debajo de los bancos, tapamos ventanas con sábanas.
Ah, Mamá ¿Y los bizcochitos?

MADRE: Aquí están, Martín.

MARTÍN: Y el Profe toca un silbato. Luego silencio hasta que deja de sonar la sirena.

MADRE: Los chicos no tendrían que hacer esas cosas.

MARTÍN: ¿Y por qué no, Ma?

MADRE: Hum, no sé, hijo, no sé, son tan chicos...

MARTÍN: Ricos los bizcochitos, Má. ¿Hablaste con el Papá?

MADRE: No todavía. Ya vendrá. Ahora a dormir. Y tapate bien.

MARTÍN: *(Se acuesta)* ¿Mamá, puedo mandar un chocolate a

algún soldado?

MADRE: ¿Un chocolate? Ay, Martín, cómo me gustaría que esos chicos no pasen frío. ¿Tus soldaditos pasan frío?

MARTÍN: No, Mamá. ¡Tienen un montonazo de bufandas!

MADRE: No sé si será suficiente. No sé. *(Lo abraza)* No quiero que pases frío.

MARTÍN: Mamá, ¿estás llorando?

MADRE: No es nada, hijo. Qué suerte que tenés diez años. Hasta mañana. *(Lo besa y sale)*

MARTÍN: Hasta mañana, Mamá.

MARTÍN: *(Se levanta, toma un soldado)* Flecha Roja, usted mañana será Sargento. Hoy se portó como un héroe. Lleva un morrión de granadero. Hasta mañana, soldado.

FLECHA ROJA: Hasta mañana General.

(Martín se acuesta y juega con los aviones, se tapa, se destapa, vuelve a jugar, se levanta. Desde la caja nave, salen luces y sonidos no definidos. Martín se acuesta, sigue jugando y se va durmiendo. Las voces y el sonido de guerra va en crescendo hasta que se corta abruptamente, las luces de la caja desaparecen y bajan las luces del espacio.)

ESCENA II. El mismo espacio. 19 de Junio de 1982

(Martín entra apresurado, se encamina a su cuarto, viene con ropa deportiva, arroja la pelota y su mochila al piso y se mete a la caja. Tapa la misma. La Madre en un costado habla por teléfono.)

MADRE: ¡Cuidate, José, cuidate! Lo digo por las cosas que dicen en la TV. ¡Pero José, líos por todos lados ! (...)
Basta de insultos, José. Y sí, la gente tiene bronca, pero ya está. ¡No le digas viejo de mierda al Papa! ¿Qué culpa tiene, José? No seas maleducado. Todo el país tiene bronca, pero para mí es una suerte que haya terminado. (...) José, son muchos los que volvieron y están en Madryn. Dejame que te cuente y vas a entender

por qué me ofrecí a ayudar. No tienen comida, José. Hola... hola, no se escucha. (...) No, aquí no hay lío, pero Madryn está revuelto por lo que te dije. Y es un milagro lo que pasó. Es maravilloso. (...) Hola ...hola José. Pucha, se cortó de nuevo.

MADRE: *(Se dirige al dormitorio del niño)* Martín, Martín ¿Otra vez metido en esa caja?

MARTÍN: *(Dentro de la caja no contesta)*

MADRE: Martín, te estoy hablando. Dale, va a volver a llamar tu Padre y quiere hablar con vos. Martín... *(Va hacia la caja y la abre)* ¿Vas a salir?

MARTÍN: No.

MADRE: ¿Qué te pasa?

MARTÍN: Nada.

MADRE: ¿Cómo nada? Volviste corriendo de afuera y te metiste en esta caja.

MARTÍN: Aquí estoy bien.

MADRE: ¿Bien dentro de una caja?

MARTÍN: No quiero salir, Mamá. Es mi Nave, es mi amiga. Los chicos en el club se burlan.

MADRE: Pero Martín, tu padre está por llamar. Ya dejaron salir al camión. ¿Qué le digo si vos estás allí?

MARTÍN: Decile que estoy con los granaderos en mi Nave.

MADRE: ¡Basta ya, Martín! *(Suena el teléfono, se apresura)*. Debe ser tu Padre. Hola. Ah, es usted Doña Carmen. Creí que era el José porque recién se cortó la llamada. Me fijé, Doña, y no me queda nada de harina. También fui a la despensa y me dijo que cuando se le terminó el pan le volaron la harina que tenía (...) Y sí, Doña, vio la cara de hambre que tenían, pobres. ¿Y por qué los traían así, como si fueran delincuentes? Tapados

debajo de una lona sucia. Sí, Doña, cuando los vi llegar sentí un gran alivio. Antes, cuando pasaban las noticias, todos se alegraban como si fuera un partido de fútbol. Pero yo lloraba y pensaba en él, en Alfredo. (...) Bueno, Doña, sigo buscando y si encuentro le aviso. Hasta luego. *(Corta, busca en un costado, va y viene)*.

MARTÍN: *(Sale de la caja y observa curiosamente a su Madre)* ¿Qué buscás, Mamá?

MADRE: Harina, hijo, creo que había por acá. Es para Doña Carmen, para hacer pan.

MARTÍN: ¿Para qué quiere hacer pan?

MADRE: Para los chicos que volvieron.

MARTÍN: ¿Quiénes volvieron, Mamá ?

MADRE: Pero Martín, en vez de estar parado ahí me podrías ayudar. *(Suena el teléfono)* Ese debe ser tu padre. Hola Jose, por fin, te estaba esperando.

MARTÍN: ¿Quiénes volvieron Mamá ?

MADRE: Sí, José, te escucho. Qué bueno que ya puedas volver. (...) Aquí está todo convulsionado. Sí. Te sigo contando lo que te decía antes. Muchos comentaban que volvían, pero nadie informaba de nada. (...) Esperá, dejame hablar. Los vimos llegar. Toda la gente mirando. Cuando asomó el primero de los camiones militares, un vecino empezó a aplaudir y el aplauso se extendió como una ola. Y otro vecino preguntó: ¿Están bien ustedes? Sí, contestaron de adentro. ¿Les hace falta algo? Empezaron a levantar las lonas y allí los vimos. Muchos lloraban. Los camiones se tuvieron que parar. Me acerqué y le di la mano a uno de ellos. Le pasé un pan, sí, José, un pan. ¡Perdón, señora, perdón! ¿Pero de qué tenemos que perdonarte, hijo? Los veci-

nos corrieron a buscar pan para darles, y ellos cortaban el pan y lo compartían. ¿Vos sabés cómo manoteaban? Como hormigas. Todo Madryn ofreciendo pan, hasta que un vecino avisó: ¡Ya no queda más pan! ¡Sí, José! ¿Vos sabés que se terminó el pan en todo Madryn? Apareció un cabo que se “recontra enojó”. Si vos hubieras estado habrías hecho lo mismo, José. Por eso me ofrecí a ayudar. Y por Alfredito lo hice. Sentí un gran alivio y mi cabeza empezó a descansar. A la barraca los llevaron y allí están. (...) José, fue un día hermoso, muy hermoso. (...) Gracias querido, sabía que lo entenderías. Cómo me gustaría que estuvieras aquí. No dejes de llamarme. Hoy vamos a tener visita. *(Corta.)*

MARTÍN: ¿Quiénes volvieron, Mamá?

MADRE: Hijo, escuchaste lo que le contaba a tu padre. Son ellos, los chicos.

MARTÍN: ¿Qué chicos, Mamá? ¿Qué me estás diciendo?

MADRE: Los chicos, los soldados que vuelven de las islas.

MARTÍN: No puede ser, Mamá. Yo estuve escuchando otra cosa en mi Nave.

MADRE: Ya está, Martín. Se terminó.

MADRE: No, Mamá, no se puede terminar. Mis granaderos están allí .

MADRE: Martincito, mirame. Cómo me gustaría que nada de esto hubiera ocurrido. Pero todo terminó. *(Pausa)* Hijo, uno de los chicos que volvieron nos visitará esta noche.

MARTÍN: ¡No, Mamá! No, no quiero ver a nadie. *(Martín se mete de nuevo en la caja)*

MADRE: ¡Pero Martín! *(Se queda azorada y estática. Golpean la puerta. Afuera se escuchan voces)*

LUIS: ¿Señora Gladys Achaval?

MADRE: Sí.

LUIS: Me hago presente. Soldado Luis Ernesto Acuña.

MADRE: Sí, claro, adelante.

Entra Luis. Flaco y sucio. Aspecto desnutrido. Uniforme desgastado. Botines llenos de barro seco. Tiene puesta una frazada rota en los bordes, colocada a la manera de un poncho que le llega hasta las rodillas. Lleva puesto un gorro de lana gastado.

LUIS: Gracias, señora. Tengo que volver a presentarme en dos horas.

MADRE: *(Se miran)* Bueno, Luis. Espero que estés bien.

LUIS: Sí, estoy bien.

MADRE: Bienvenido a nuestro hogar. No te quedes parado ahí. Pasá. Te voy a preparar algo para comer. Si tenés tiempo te podés dar una ducha. Sentate, con confianza, Luis. *(Pausa. Se miran.)* Te puedo dar ropa para que te cambies, esa que tenés está un poco, digo un poco...

LUIS: *(No contesta. Recorre con su mirada toda la casa)*

MADRE: Bueno, este... ¿Te gustan las milanesas?

LUIS: Sí, me gustan.

MADRE: Ya te las preparo, las tengo listas. *(Habla desde la cocina)* Te puedo dar unos botines que son de mi esposo, prácticamente no los usa.

LUIS: *(Acaricia las sillas y la mesa)* Unas plantillas me hacen falta.

MADRE: Sí, tengo.

LUIS: Es para tapar agujeros. *(Se mira los agujeros. Desde el otro cuarto se abre la caja y Martín se asoma, mira y se oculta)*

MADRE: *(Desde la cocina)* Mi marido está varado en Comodoro, es camionero, pero ya vuelve, y mi hijo Martín, bueno... este..., ya viene mi hijo.

LUIS: *(Sorprendido mirando la caja)* Me pareció que había....

MADRE: ¡Qué día que tuvimos hoy! El mismo cabo, ese de mal humor, le pidió ayuda a los vecinos. ¿No entiendo Luis cómo no tienen comida? ¿Luis me escuchás?

LUIS: *(Se acerca lentamente a la caja de Martín)* Sí, escucho señora. Es largo de contar.

MARTÍN: *(Se abre la caja y aparece. Se miran)* Hola.

LUIS: Hola.

MARTÍN: ¿Vos quien sos?

LUIS: Soldado Luis Ernesto Acuña. ¿Y vos?

MARTÍN: Martín Sosa. Jefe de granaderos.

MADRE: *(Se asoma)* Ah, Luis, él es Martín, mi hijo. Martín, él es Luis, ha regresado de Malvinas. Es un honor compartir la cena con él. Martín acercate y saludá a Luis *(Martín sigue mirando a Luis)* ¿Martín, me escuchaste? Salí de ahí y saludá.

MARTÍN: *(Sale de la caja con desgano)*. Ya lo saludé.

MADRE: Bueno, bueno. ¡Qué humor que tenemos hoy! Martín, buscale unas plantillas a Luis. Ya traigo la cena. ¿Me escuchaste, Martín?

MARTÍN: Sí, Mamá. *(Busca rezoñando y se las coloca en el piso)* Fijate si sirven ésas.

LUIS: Sí, creo que sí. *(Se saca los borcegos y busca tapar los agujeros)*

MARTÍN: ¿Vos sos granadero ?

LUIS: No, no soy granadero.

MARTÍN: Claro, porque si fueras granadero llevarías un morrión.

LUIS: No sé qué es un morrión.

MADRE: Prepará la mesa, Martín, que llevo la cena.

MARTÍN: *(Martín de mala gana coloca platos en la mesa)* ¿Por qué estás tan sucio?

LUIS : Había mucho barro.

MADRE: *(Entrando con la cena)* Bueno, ahora a comer. *(Se sientan. Luis come en silencio. Martín no come y observa)*

MADRE: ¿De dónde sos, Luis, de dónde es tu familia?

LUIS: De Mendoza, señora, somos tres hermanos, yo, con diecinueve años, estoy en el medio. Uno menor que yo y otro mayor. Ricas las milanesas.

MADRE: Qué bueno que te gusten, a nosotros también nos gusta. ¿No comés, Martín?

MARTÍN: Si fueras granadero serías distinto.

LUIS: ¿Cómo distinto?

MARTÍN: No sé. Más alto, no tan flaco, con pecho grande como He-Man. Los granaderos son altos y con músculos.

LUIS: Te dije que no soy granadero.

MARTÍN: ¿Te sabés la marcha de San Lorenzo?

LUIS: Apenas el comienzo, digamos que no. ¿A dónde viste granaderos?

MARTÍN: En mi campo de batalla. Allí veo todo. Tengo soldados. ¿Querés ver?

LUIS: Bueno, está bien, pero...

MADRE: Dejalo tranquilo que está cenando. No lo molestes.

LUIS: No, señora, no me molesta. Veamos tus granaderos.

MARTÍN: *(Se levanta entusiasmado. Se acercan al cuarto de Martín)*

Esta es mi nave. Ella todo lo escucha y todo lo ve. Ahora sacamos a los soldados. ¡Atención a la tropa que tenemos visita! Este es Flecha Roja, ayer soldado, hoy Sargento porque se portó como un héroe. Esta es la línea de granaderos, valientes, nunca retroceden. Este es He-Man, siempre peleando con nosotros. Aquí, tanques y cañones. Y aquello que está allí son las trincheras de los ingleses y están “requete asustados”. Ahora vamos a atacar, soldado. *(Saca un avión y lo pone*

uno en la mano de Luis). ¿Preparado, Soldado Luis?

LUIS: *(No contesta)*

MARTÍN: *(Se desplaza con el avión simulando un vuelo)* Brum, brum. Al ataque, los agarramos por sorpresa, están huyendo, “vamos ganando” *(Circula alrededor de Luis quien se mantiene estático. Hace sonidos de batalla)* Vamos ya, ratatata, brum , brum.

LUIS: *(Deja el avión en el mesón y se aparta.)*

MARTÍN: ¿Qué pasa, no querés jugar?

LUIS: *(No contesta)*

MARTÍN: Dale, juguemos un rato más.

MADRE: Dejalo, Martín, que Luis está cansado.

MARTÍN: Yo no me canso de jugar. Además, Luis debe saber mucho más que nosotros cómo jugar con soldados.

LUIS: *(Se aparta)* Es muy difícil de explicar, Martín. Vos sos un niño que quiere jugar a los soldados. Lo de allá no fue un juego. Tal vez cuando seas grande lo vas a entender.

MARTÍN: Lo quiero saber, quiero que me cuentes.

LUIS: *(Pausa)* Te quiero mostrar algo *(Saca un sobre de su mochila y se lo da)* Yo no soy un héroe, Martín, y todavía tengo miedo. Abrí el sobre y mirá lo que dice esa carta. Si tuvieras un hermano lo entenderías mejor.

MADRE: ¡Tiene un hermano!

LUIS: ¿Cómo?

MADRE: Sí, como lo escuchás, tiene un hermano. Falleció hace seis años. Se llamaba Alfredo. Una enfermedad lo destrozó. Hoy tendría 19 años y estaría haciendo el servicio militar, como vos, Luis. Vos ahora estás sentado en la silla de él. Y me da gusto.

LUIS: Perdón señora, no quise...

MADRE: No, Luis, no tengo nada que perdonar. A él también

le gustaba jugar con soldaditos. Él le enseñó a Martín a jugar con soldaditos. Tal vez Martín no se acuerda.

LUIS: Quería contar sobre esa carta. ¿Ves lo que dice Martín?

MARTÍN: (*Mirando la carta*) Sí.

LUIS: ¿Sabés qué pasa, Martín? A la palabra valiente le dan un valor agrandado. Aquella noche, cuando empezaron los disparos, sentí una explosión cerca de mi cara. Y de pronto me sentí mojado. Me hice encima. Me daba cuenta de que ser valiente es estar cagado y seguir soportando. Yo tiraba para adelante, en la oscuridad, ¿a quién? No lo sé. Así estuve toda la noche. Al otro día encontré una mochila. No sé de quién, y adentro tenía una carta, digamos, un dibujo en un papel con un par de líneas escritas. Quiero que lo leas, Martín.

MARTÍN: (*Mira a Luis, mira su madre*) Sí, mamá, me acuerdo cuando mi hermano me enseñaba a jugar con soldaditos. (*Vuelve a Luis*) Tiene dibujado un soldadito, con una letra que dice “Este sos vos Seba, te quiero mucho”. Y sigue: “Yo también te quiero mucho hermanito. Seba” (Pausa)

LUIS: Esa contestación nunca llegó a destino. No sé de quién es. Aquí tengo una dirección borroneada. Lo voy a encontrar. (Pausa) Perdón, señora. Creo que ya es la hora. (*Se prepara para irse*) Gracias señora, muy ricas las milanesas.

MARTÍN: Esperá. Quiero darte algo, Luis. (*Prepara soldaditos y los coloca en fila*) Ellos quieren saludar a un héroe. (*Canta en falsete*) “Febo asoma, ya sus rayos, iluminan el histórico convento...”. Bueno, a decir verdad yo tampoco la sé completa. (*Se ríen y se abrazan*)

Apagón Final.

A LOS PIBES

Juan Salvador Ramos

En el club de barrio El Pampero, en Lanús, se lleva a cabo una reunión de excombatientes.

Sobre la derecha está la puerta de entrada. Es de hierro verde con recángulos por donde entra la luz de la madrugada. Sobre el lado izquierdo, está el fondo del salón, con pista de baile y tarima. En el centro, dos mesas redondas adornadas con manteles bordo y sillas verdes y blancos. Por detrás, está el buffet que permanece cerrado. La reunión se sucede entre música, gritos y risas fuera de campo. En la mesa más cercana a la puerta está Marcelo, ex soldado y vecino de Lanús. Duerme con un vaso en la mano. Está vestido con un pantalón militar y pullover apolillado. Su rostro es de un hombre duro con una barba de varias semanas. Se oye el arrastre lento y molesto de la puerta. Entra Claudio, otro excombatiente. Marcelo se despierta por el ruido. El andar de Claudio es apagado. Cierra la puerta y se queda parado, mirando al fondo del salón. Viste de traje oscuro; su cara es apacible, bien parecido y refinado. En su mano tiene una lata de coca light abierta. Toma un sorbo corto y rápido. Marcelo se incorpora confundido.

MARCELO: Eu... Claudio.

Claudio sonríe tambaleándose.

MARCELO: ¿De qué te reís, Pantriste? Es de día, andá a descansar. ¿Para qué volvés?

Claudio camina lento hacia la mesa, toma una silla y se sienta frente a él. Marcelo lo observa molesto. Claudio bebe despacio mirando al fondo. Julián, un hombre vestido de soldado, se acerca desde el fondo a la mesa de Marcelo cantando la canción "A mi manera". Toma un vaso de cerveza y canta a los gritos, mirando a Marcelo, luego corre su mirada hacia el fondo del salón.

JULIÁN: O tal vez ganéé... o tal vez perdíí, ahora sééé...

que fui feliz... puedo vivir ¡hasta el final!

FONDO DEL SALÓN: (*gritos*) ¡A mi manera!

Desde el fondo se escuchan carcajadas. Julián, sonriendo, levanta su copa y hace una reverencia a sus compañeros que siguen gritando; luego hace un fondo blanco. Deja el vaso en la mesa y sale arrastrando la puerta de entrada.

MARCELO: Che... ¿Te acordás la última vez que nos vimos?

Claudio se ríe cómplice de los muchachos del fondo.

MARCELO: Claudio, fuiste el primero en llegar. ¿Te acordás?

Hacé memoria.

CLAUDIO: (*exaltado*) ¡La quemé la memoria, Marcelo! Hoy quemé todo lo que había. Ropa, medallita de la novia, la mierda de papel que te dan, la gorra, las fotos, las cartas de la vieja con olor a comida. (*hace una pausa*) ¿Pero vos?... Vos te olvidaste, ¿no?

MARCELO: ¿Eh? Otra vez no, dale, por favor. Ya la pasamos esta.

CLAUDIO: A mí me mandan la invitación y yo vengo. Así que jo-de-te. Arreglate con el organizador.

MARCELO: ¿Por qué quemaste el uniforme, sos boludo? ¿Cómo puede ser, che? ¿Dónde mierda estuviste todo este tiempo?

CLAUDIO: No para, pará, te estás confundiendo. Yo hace tiempo que no estoy en ningún lado y no voy hablar del uniforme de mierda ese que tenía un olor a meo terrible.

MARCELO: ¿De qué hablás, Claudio? Sos un hincha pelota...

CLAUDIO: En las últimas reuniones, estuve parado en frente del club sin animarme a entrar. Qué sé yo, debe ser el cagazo de que no haya nadie, o peor, que estén ahí como siempre. ¡Uy! No. No tengo ganas de hablar,

disculpá.

Claudio mira al suelo. Hay un silencio entre ellos mientras la música enlatada de Palito Ortega suena de fondo.

MARCELO: El martes estuve muerto, Claudio.

Claudio levanta, la mirada sorprendido.

MARCELO: Sí. Me tuvieron que sacar del fondo de la pileta del club. *(riendo)* ¿Y sabés qué? Sólo hay oscuridad, Claudio, no hay nada más que eso *(riendo)*. No tengo idea de que pasó *(pausa)*. Sabés que los jueves no está yendo nadie, están todos tirados, laburando de cualquier cosa. Qué desastre *(pausa)*. Mirá que le di vueltas y vueltas, lo revisé una y otra vez. Todas las vueltas posibles, me levanté como cualquier día, fui al baño, desayuné y me fui al club.

Marcelo mira al suelo como queriendo encontrar una explicación.

Claudio lo mira serio.

MARCELO: Hoy volví a ir, me encanta esa pileta. El pibe nuevo del club no quería saber nada de que me meta pero me metí igual. Quería ver qué pasaba, qué sé yo. Me fui hasta el fondo, esperé y nada. Me encanta cuando no te das cuenta de que estás mojado y estás como dentro de una masa gigante. Dejás de tener esa sensación de que es agua, no sé. Ni si está fría o caliente. Solo estás.

Claudio menea su lata de un lado a otro observándolo con atención.

MARCELO: Ahí abajo hay mucha paz. ¿Es posible quedarse dormido bajo el agua? Qué sé yo. Me asusta que solo sea oscuridad la cosa. Bah, me tranquiliza y me asusta, y en el horario que voy puedo estar tranquilo.

Marcelo le acerca las manos a Claudio imitando el movimiento del agua. Claudio se molesta al ver las manos tan cerca.

MARCELO: ¿No te parece increíble? Los movimientos son raros, el peso es diferente, podés ir saltando y ganando distancia con menos esfuerzo. En el fondo cerrás los ojos y el sonido es diferente. Te das cuenta de que es otro espacio como otro planeta.

CLAUDIO: ¿Cómo otro planeta?

MARCELO: Sí boludo, qué sé yo. Es raro que al chico nuevo le hayan dado el turno de la mañana, la piba de siempre no sé si tiene la fuerza para sacarme.

CLAUDIO: (*sorprendido*) ¿Pasó eso?

MARCELO: Ahora que lo pienso, el pibe avisó a todos porque cuando vino la ambulancia estaba Kari y mi hija. Qué sé yo...

CLAUDIO: ¿Pero al muchacho nuevo lo conocías? ¿O lo viste en algún lado?

Marcelo se toma una pausa. Abre sus ojos grandes mirando a Claudio, que espera la respuesta.

MARCELO: ¡Sí, boludo! No sé quién es pero está siempre en el club.

Claudio chista con fastidio.

MARCELO: Pero perá, fue extraño ese día. Me despierto. Me acuerdo que estaba el piso muy frío, así que todo el recorrido al baño lo hice en puntas de pie puteando a Karina por no dejar la estufa prendida. Armé el bolsito, la malla, el gorrito, las antiparras, toalla, bolsa de plástico para la ropa mojada, pantalón largo con remera y unas medias. Después, desayuné tranquilo con mi hija y ahí pasó algo raro. Me llamó la atención que ella estaba más cariñosa que de costumbre. Hasta me contó un chiste malísimo, pero me lo contó. Después le di un beso y fui al club como hago siempre. Llego,

no había nadie en la puerta ni en el buffet. Estaba todo oscuro, eso también fue raro. En el vestuario estaba el pibe nuevo y no hablamos nada porque no lo conocía. *(hace una pausa)* y de ahí oscuridad, oscuridad plena. Después el pibe nuevo me despertó al costado de la pileta. Qué sé yo. Dame un poco de eso.

Ambos se ponen de pie mirando hacia el salón. Marcelo se enjuaga la boca con la lata de coca e inmediatamente corre hacia el buffet escupiendo la bebida mientras Claudio hecha a reír.

MARCELO: Sos boludo, eh. ¿Qué mierda le pusiste a eso, nafta? *(pausa)*. Quedate a limpiar y hablamos ¿Querés? Me ayudás, ¿te parece?

Marcelo lo abraza, Claudio se lo saca de encima y vuelve a sentarse.

MARCELO: ¡Ey! Acodarte de lo que te dije el primer día que entraste al grupo. Estoy para lo que necesites. En cambio, vos, ni para pelar papa estabas. Dale, hablá, boludo. ¿Qué mierda te pasa? No puedo volver el tiempo atrás, me gustaría, pero no se puede. No puedo *(se le entrecorta la voz)*. Perdón, Claudio, me acuerdo de esos días y perdón por todo. ¿Sabés? el otro día soñé con vos.

Claudio se apoya en su respaldo sonriendo.

CLAUDIO: Ojalá soñara con ángeles.

Marcelo ríe palpando varias veces el hombro de Claudio.

CLAUDIO: Necesitaba ver esa cara tuya otra vez, pero no me voy a quedar a limpiar.

Claudio se ríe.

MARCELO: ¿Y ahora qué? ¿Qué vas a hacer?

CLAUDIO: Cagarme de risa boludo, ¿no lo ves?

MARCELO: Dale, hablá. Siempre necesitas todo el tiempo que te peleé para sacar una palabra ¡Dale!

Claudio observa al grupo que se divierte en el salón.

MARCELO: ¡Dale, Claudio, no seas maricón!

CLAUDIO: Voy volver a la isla...

MARCELO: ¿A la isla?

CLAUDIO: ¡Sí! ¡A la isla!

MARCELO: ¿De qué hablás, Claudio? ¿Cómo?

CLAUDIO: Un conocido me puede meter en un vuelo.

Claudio se apoya lentamente sobre el respaldo de la silla.

CLAUDIO: Tengo un conocido en Ezeiza que me consigue un lugar en un carguero que frena en Chile y de ahí a las islas. No tengo que pasar por seguridad ni por migraciones. Hoy me entregaron mi pasaporte chileno.

MARCELO: Ah, tu conocido de la aduana, claro... ¿Puede conseguir otro lugar tu conocido?

CLAUDIO: ¡Ay! Marcelo, no. Es muy sobre el pucho. Quemé los dólares que tenía en el pasaporte y en pasaje y mi conocido es imposible que te pueda meter en el vuelo, le puedo consultar. Pero mejor no, perdón, es un viaje para uno nomás (*pausa*). ¿Te imaginás que me reconozcan cuando llegue? ¿Te imaginás que los ingleses se den cuenta? (*Claudio sonríe*) Ya siento el aterrizaje, que va a ser más que forzoso por el viento fuerte que hay. Siento que tiembla toda la aeronave hasta que llega ese silencio y de la nada ¡bum!, golpe contra el suelo. Lo pienso y me transpiran las manos. Siento el viento en la cara, ese viento seco. Frío. Uf, mirá, piel de gallina, la puta madre. ¿Sabés lo que voy a hacer apenas burle la seguridad? Ir al primer baño que encuentre y cagar todo lo que pueda, una buena torta de caca voy a dejar. *Claudio se pone de pie sonriendo. Camina lento tomando sorbos de su lata.*

CLAUDIO: Después, voy a ir a un bar, así con el equipaje, que va a ser chico igual, pero voy derecho a ver qué alcohol toman estos. A ver si se acuerdan de mí.

MARCELO: Mirá, che, todo planeado y, ¿cuándo es que te vas?

CLAUDIO: Eh, creo que en dos semanas, tengo que ver bien.

MARCELO: Ah...

CLAUDIO: Marce, estoy cansado de temblar, de transpirar cada vez que suenan las sirenas, me la paso encerrado con pánico. Deambulo por la casa todo el día. Vuelvo a la isla, es lo mejor. Tiene que funcionar.

MARCELO: Sí...

CLAUDIO: ¡Sí! ¡Tiene que ser! Volver a esas calles, que la gente sepa quién soy. Lo primero que voy a hacer es buscar una pieza que sea cálida con vista al mar. Lo puedo ver. Después, voy a agarrar todos los diarios y voy a conseguir trabajo, el más simple que encuentre, el que pueda estar al aire libre. Oler la sal y que el viento me pegue en la cara..

MARCELO: (*suspira alegre*) Uf, el viento en la cara...

CLAUDIO: Sí, viento helado en la cara hasta endurecer. Voy a trabajar pastando ovejas, las voy a pasear de campo en campo ganándome la confianza de cada inglés, de sus amigos y de sus familias. Me van a invitar a cenar comidas bien calientes donde el vapor me escurra la nariz. Para ellos voy a ser el chileno al que le gusta el frío. Voy a tener mi casita, una casa chica, con un fondito donde pueda ver el mar, quizás hasta con un árbol. Las noches serán hermosas y voy a poder dormir. Puedo escuchar los golpes del agua, el frío en los dedos quemándome la piel. Ah y los domingos, el día

libre, me voy a caminar por todas las playas, voy a darle vueltas y vueltas a la isla, quizás me cruce por los huecos donde jugábamos, o nos escondíamos, voy a ver a los pibes, quizás ahí pueda volver a ver sus caras, estar en esas playas de viento y frío. Todo lo que fue, será un mal sueño, una trampa, de otro planeta, de otras reglas, y esto será volver a ser. Ver los atardeceres sentado en la puerta de mi casa, ya más remodelada claro, con una pava y un mate. Una costumbre chilena, les tuve que decir a los ingleses, si total no saben nada esos. Ver bajar el sol, el mismo sol que veíamos con los pibes. Apenas se hace de noche escucho que me llama Clara, mi mujer, que me dice que la cena está lista. ¿Qué te pensás, que me iba a quedar solo? (*Marcelo sonríe*). Sí, es inglesa pero buena gente, no tiene nada que ver con nosotros, no es gringa como el resto y encima cocina como los dioses. La casa está siempre calentita y con olor a comida rica. La verdad es que siempre me gustó la idea de hacer vida de campo. Es otro sonido. Cuando ya esté instalado te voy escribir y te voy a contar mejor, con lujo de detalles. Sobre lo que estoy haciendo, qué estoy leyendo, en lo que trabajo, sobre Clara, sobre mis hijos. Siempre quise una familia grande. Seguro que alguno se llama como vos. La vida es fácil, más alegre, obvio que es más fácil y más alegre. Los atardeceres, el frío, los nenes jugando en el fondo de la casa. Clara y el sol. Son otros sonidos, todo es diferente. ¿Y yo? Yo no voy a volver más, Marcelo...

Claudio camina confundido.

CLAUDIO: Es más fácil.

MARCELO: Claudio, por favor, no hables más. Te lo pido

por favor.

CLAUDIO: (*mirando al salón*) ¡Por mis hijos!! ¡La vida es simple!

Marcelo le da un cachetazo seco, Claudio cae contra el buffet y Marcelo lo sienta.

CLAUDIO: Marce... mis hijas....

Marcelo lo toma de la cara con dureza.

MARCELO: ¡Claudio! ¡Volvé! ¡Es un orden! ¡No te podés ir!

CLAUDIO: No, no, claro, no puedo. No quiero ¡no!

Marcelo lo suelta de un tirón y Claudio cae bruscamente en su asiento llorando. Marcelo va hacia la puerta con fastidio. La luz clara del día baña la mitad salón. Claudio toma pequeños sorbos de su lata que lo van calmando. En el fondo del salón la música de fin de fiesta sigue acompañando pero ya no hay gritos.

CLAUDIO: Che, sentate. Vení, dale, brindemos. Disculpame, son estas fechas de mierda.

Marcelo vuelve con lágrimas en los ojos. Se acerca y levanta su vaso, Claudio hace lo mismo con su lata de coca light.

MARCELO: ¿Por lo pibes?...

CLAUDIO: Por lo pibes...

Apagón.

ABANDONOS

Víctor Spala

(Las flashbacks de la guerra se realizan en la zona del balcón. Pablo y Héctor tienen diecinueve años).

(Cada tanto se escucha el paso y el silbato de un tren. Living comedor. En el medio de los ambientes, un pasillo distribuidor que de un lado tiene la puerta de un dormitorio y del otro lado una puerta que lleva al baño. La pared del frente, un espejo de medio cuerpo. Del lado del living: en el fondo, una puertaventana cerrada con cortinas también cerradas que da a un balcón. Dos sillones enfrentados con una mesita ratona en el medio. Un equipo de música contra la pared. Sobre la mesita, un juego de ajedrez con las fichas puestas como para comenzar una partida. En la pared detrás de los sillones hay colgada una foto de varios soldados. En el centro del comedor hay una mesa. Sobre ella, una botella de whiskey por la mitad, y dos vasos. Un cenicero con muchas colillas. Un atado de cigarrillos. Contra la pared, un mueble biblioteca con estantes y puertas. En uno de los estantes, un diploma y medallas enmarcadas. En otros, libros y varias fotos. De afuera entra un poco de luz. El ambiente está iluminado con dos lámparas colgantes. Sentado en uno de los sillones, un "fantasma" (una persona vestida con una campera verde Duvet. En la sien derecha, un hoyo rodeado de rojo "sangre"). Pablo está sentado en el piso y apoyado contra la pared del living al lado de uno de los sillones. Tiene los ojos vidriosos. Un vaso de whiskey en una mano y el celular en la otra. Bebe cada tanto. Mira el celular. Tiempo. Deja el vaso. Busca un contacto y graba un mensaje).

Ceci, yo... todo bien, por favor, volvé, por favor, no me hagas esto. *(Termina el audio. Pausa. Grita)*. Dios, ¿por qué a mí?, por favor. *(Se levanta. Recoge el vaso. Camina. Bebe. Graba otro mensaje)*. Ceci, te amo, te necesito. Dale. *(Pausa. Mira todo a su alrededor. Niega con la cabeza. Se sienta en una silla. Llama, espera, corta)*.

Contestá, la puta que te parió. (*Se sirve más whisky. Enciende un cigarrillo. Se inclina, apoya los codos sobre las piernas y queda mirando el piso. Pausa*). Volvé, por favor. (*Apaga el cigarrillo. Mira a su alrededor como buscando algo. Se levanta despacio. Camina. Amaga con pegarle con el puño a la pared. Se sienta en un sillón como una bolsa de papas. Pausa. Se levanta*). Por Dios, Ceci, ¿por qué? (*Apoya el vaso sobre la mesita ratona. Camina. Pausa. Llama por el celular. Escucha un contestador*). Hola, Miguel, soy Pablo. Necesito... No sé... No doy más. Cecilia me engañó, se fue. Por favor, llámame..., por favor. (*Corta. Agarra el vaso*). ¡Putá! ¡Putá! (*Afloja las rodillas y se sienta en el piso contra la pared. Deja el vaso. Se agarra la cabeza. Pausa*). Basta, basta. No quiero más. (*Se incorpora y se para delante del balcón. Se detiene antes de salir. Pausa. Agarra el celular. Graba un audio*). Ceci, te amo. (*Corta*). Para qué más. (*Mientras tanto, el fantasma se levanta y va hasta las teclas de luz. Pablo tira el celular sobre un sillón. Da un paso. Comienza a sonar la Polonesa Heroica N.º 6 de Chopin, y se apaga la luz. Pablo se frena y se da vuelta. Pausa. Va hacia las teclas de luz y las enciende. Ve al fantasma, que lo mira, parado junto a la puertaventana que está abierta de par en par. Pausa. Se para delante del espejo negando con la cabeza. Su mirada, a través del espejo, va y viene entre él y el fantasma de Héctor. Pausa. Entra al baño, se escucha un chorro de agua. Pausa. Sale secándose la cara con una toalla. Se detiene. Vuelve a mirar a Héctor. Va y viene un poco por el ambiente mirando cada tanto a Héctor*). Vos... vos... Está bien. (*Pausa. Sin dejar de mirar a Héctor, apoya la toalla en un sillón y toma el celular. Lo mira y lo deja sobre la mesita y agarra el vaso. Se sienta. Bebe*). Vos... Por Dios, Héctor, ¡¿ahora?! ¿Por qué? Después de todo lo que vivimos juntos, por Dios. Y ahora ella. (*Se levanta, camina. Extiende los brazos y da un giro completo*). Y también acá, en tu puta casa. (*Agarra la bufanda y se la muestra a Héctor*). Lo único que me dejaste, después... después de que juntos

logramos volver de la guerra, juntos nos bancamos la indiferencia. Juntos, juntos la supimos sobrellevar, éramos amigos, éramos hermanos de armas, éramos uno, sobrevivimos, ¡carajo! (*Se pone la bufanda y se apoya sobre la puertaventana mirando hacia afuera*). ¡Carajo, me salvaste la vida! ¿Para qué? ¿Por qué no me gritaste como aquella vez?

Representación en el balcón:

(*Pablo Skirmu y Héctor Wasilk están detrás de un terraplén*).

TENIENTE: (*En off, gritando*) Skirmu, Wasilk, me cubren.

HÉCTOR: Sí, mi teniente.

TENIENTE: (*En off, gritando*) Voy a volar las municiones. No se las vamos a dejar a estos putos ingleses.

HÉCTOR: Sí, mi teniente. (*Pablo y Héctor asoman las cabezas*).

Che, Pablo, el teniente hace señas. ¿Qué carajo quiere?

PABLO: Parece que fuego. No fuma, la puta que lo parió.

HÉCTOR: Andá, dale.

PABLO: Voy. (*Sale. Se mete donde no se lo ve. Pausa. Vuelve corriendo. Explosión. Se tira al suelo. Se levanta aturdido, da un paso*).

HÉCTOR: (*Pone las manos alrededor de la boca haciendo de megáfono. Grita*). ¡Pablo, frená!

PABLO: (*Frena*).

HÉCTOR: ¡Mirá abajo!

PABLO: (*Mira hacia abajo*).

HÉCTOR: ¡Una mina!

PABLO: (*Da una zancada y se detiene. Pausa*).

En el living:

(*Pablo, dándose vuelta*). ¿Y ahora? (*Pausa. Se saca la bufanda y la deja en el sillón. Bebe. Se sienta en el sillón enfrente a Héctor*).

Pausa. Suena el celular. Lo mira. Deja el vaso sobre la mesita ratona. Atiende. Se para). Hola, Sole. Bien, acá vamos. ¿Vos? No, para nada, estaba hablando con..., no, nada, no importa. Decime. ¿Problema? No. ¿Por qué? Uy, no, se me pasó completamente. No, perdoname vos, hoy mismo te hago la transferencia. El alquiler y las expensas, claro. Pero hiciste bien, claro, cómo me voy a ofender. ¿Lo tuyo, bien? Qué bueno. Sí, decime. La caja, sí, está. (*Héctor se levanta y se para delante de la biblioteca*). Tal cual la dejamos. Dale, pasame tu dirección que te la despacho esta misma semana. Por favor, Sole, tu papá quería que vos las tuvieras. ¿Yo? Sí, bien, tirando. (*Se le comienza a quebrar la voz*). Me imagino vos. (*Pausa*). Sole, disculpame, me están llamando. Te mando un beso. (*Corta. Mira el aparador. Se levanta y camina hacia allí. Héctor lo sigue y se para muy junto a Pablo. Pablo abre una de las puertas y saca una caja que apoya sobre la mesa*). Está todo. (*La abre y, mientras Pablo va apoyando las cosas sobre la mesa, Héctor las mira. Saca unas cartas, un gorro verde militar con orejeras, un encendedor, y un rosario de plástico marrón. Héctor continúa mirando. Pablo ve sobre la mesa la foto en la que está él con Cecilia. La agarra y la contempla*). Te hubiera gustado la hija de puta. (*Pausa. Agarra el encendedor y lo mira. De primera enciende y quema la foto. Espera y la pone en el cenicero. Va a buscar el vaso. Se sienta en el sillón. Héctor lo mira*). Salud, por las balas que no matan. (*Bebe. Pausa. Se reclina y mira el techo. A lo lejos, una seguidilla de relámpagos y truenos*). Se me vino la oscuridad. (*Parpadea la luz. Suena Metamorphosen de Richard Strauss. Pausa*). La odio con toda mi alma. (*Se para y camina por el comedor. Graba un mensaje de audio casi gritando*). Te odio, ¿entendés que te odio?, no te quiero ver nunca más. (*Se sirve whiskey. Regresa al living y se sienta. Niega con la cabeza. Pausa. Enciende un cigarrillo*). Hablá, carajo, no te quedes ahí. Decime qué hice para que me pase esto. ¡Cortala con la música!

(Finaliza la música. Tira el encendedor sobre la mesita ratona. Se caen algunas fichas. Héctor se acerca). Perdón, perdón, vos y tu orden. *(Las vuelve a acomodar. Pausa).* Te odié con toda mi alma; ¿para qué me salvaste? Carajo, te llevaste ¡nuestros! recuerdos. Me dejaste jugando contra mis pesadillas. *(Pausa).* Ya está, como te gustaba siempre que terminábamos de jugar. Bueno, ya está todo en su lugar. Así era y así siguió, todo siempre a mano y listos para salir corriendo hacia los pozos como cuando nos bombardearan. Todo bajo control. Siempre conscientes y expectantes. Las emociones bajo siete llaves, hasta que apareció y me desarmó. Sí, Cecilia. Con ella encontré un sentido a cada día. *(Pausa. Se le apaga el cigarrillo. Agarra el encendedor, lo prende de nuevo. Sopla la brasa y se la queda mirando).* Hasta que me encendió aquella noche cuando me dio el primer aviso. Fue acá mismo, donde vos también me abandonaste.

Fue como si me dijeran que tenía que volver a vivir Malvinas. Era volver en el tiempo. Quise, te juro, mi cuerpo quería huir pero algo en mí me lo impedía, yo mismo. No, Héctor, no fui un idiota. Entendé, desde que la conocí, la vida ya no me fue indiferente, volví a sentirme, ¿te das cuenta? Vivir. Vibrar. *(Bebe un buen trago. Apaga el cigarrillo).* No me mires así. *(Se levanta con esfuerzo. Va y viene caminando).* El fantasma de seguirte me empezó a perseguir. *(Se para de frente al espejo).* No había noche que tu grito en aquella huida no me explotara la cabeza. *(Se da vuelta y lo mira a Héctor).* En su vida puse la mía. *(Agarra la bufanda, lo mira, se la coloca y va hacia la puertaventana).* Por eso, aquella noche, Cecilia me regresó al comienzo de la pesadilla de Malvinas.

Representación en el balcón:

(Noche. Murmullo de multitud. Pablo con rodilla a tierra y las

manos apoyadas sobre la pierna. Expectante. Voz en off). Soldados, hemos recibido la orden de movilizarnos. Nuestro destino es Malvinas. Quedan a las órdenes de sus superiores para armarse y prepararse para cumplir con nuestro deber de defender la patria. ¡Viva la patria! (La multitud). ¡Viva! (Ruidos de pasos y murmullos. Se incorpora lentamente. Apagón. Luz de farol de mercurio. Pablo sentado en el piso apoyado en una pared. Cierra unos sobres con la lengua. Levanta la cabeza. Se saca una cadenita que tiene en el cuello. Extiende el brazo con los sobres y la cadenita). Las entregás solo si no vuelvo.

Living:

(Pablo regresa al sillón. Se quita la bufanda y la deja. Se sienta y va bebiendo mientras habla). Por eso... ¿Después? Los días, que digo días, las semanas que siguieron me tuvieron con el corazón en la boca. Sí, como cuando esperábamos a ver si había o no había guerra. Intentaba convencerla de que aquello era únicamente una ilusión, un juego de sus emociones. Al tiempo me dijo que tenía razón. Que me quedara tranquilo. Que no pasaba nada. Yo le creí, ¿te das cuenta? ¡Le creí! Sí, sí, tenés razón, un idiota es poco. Como cuando nos decían que el principito no iba a venir. Pero cada vez que ella se iba al curso me perdía en supuestos, mi imaginación disparaba fogonazos. No saber qué estaba pasando me quemaba las entrañas como el hielo que perforaba las suelas de nuestros borceguíes. (Pausa. Enciende un cigarrillo). ¿Por qué me hace esto? Yo la amo. (Graba un mensaje de audio). Ceci, dale, sé que no es lo que vos querés. Volvé, todo bien, te quiero, amor mío. (Corta. Se apoya en el respaldo para tomar impulso y levantarse. En la primera, no lo logra. Se levanta en la segunda oportunidad). Sí, la necesito. Te juro que hubo días que me prometía que cuando llegara la cortaba.

Los días se me hacían eternos. Tal cual, como cuando esperábamos el hospedaje nocturno. Acostados, con el cuerpo expectante, listos para correr, midiendo, rezando, calculando cuándo nos caería. Mi cuerpo era el terreno helado y esponjoso sobre el que se batían la imaginación y la negación de lo que imaginaba. *(Pausa. Apaga el cigarrillo. Bebe).* ¡Yo le creí! *(Agarra la bufanda. Se para delante del balcón).* Por Dios, Héctor. *(Se pone la bufanda).*

Representación en el balcón:

(Soldado acostado en el piso, acurrucado. Oscuridad. Pausa. A lo lejos se escucha el disparo de un cañón). Ahí van de nuevo. Che, Héctor, ¿vamos al pozo? No, esperemos. Dale. *(Se escucha un silbido que, de sonido fuerte, lentamente, va disminuyendo).* Hoy no nos toca. *(Otro silbido igual).* Al fin una noche que no nos toca. *(Otro silbido que se pierde).* Ya era hora. *(Pausa. Otro silbido, pero cuyo ruido se detiene de golpe. Grita).* Vamos, vamos. Carajo. *(Se levanta de golpe y corre. Se esconde. Explosión muy cerca. Más silbidos y estruendos en el lugar).* La puta que lo parió, está lleno de agua. Correte. *(Oscuridad).*

Living:

(Pablo regresa al living, sacándose la bufanda y la deja sobre el sillón. Agarra el vaso. Camina. Héctor se sienta en un sillón). Ni ahora podés con tu genio. *(Pausa).* Pero sí, desde ese momento, coger era más que sexo. Me convertía en prisionero de mi morbo. Imaginarla compartida. Todos los momentos eran previas, el antes de encontrarme con su cuerpo. Ansioso refrenando el impulso de correr. Sabiendo que sentiría su cuerpo con el mío. Su jadeo al compás de mi huida. Mi gemidos al compás de su deseo. Sí, hermano, era la búsqueda de la eternidad, de la pe-

queña muerte que nos esperaba. De la huida. *(Bebe)*. Sí, sí, tal cual, la que no pude concretar. Noche a noche me fui erosionando como aquellas heladas noches en las Islas. *(Pausa)*. Sí, me seguía diciendo que me quería. Y su entrega seguía siendo total. O eso me hacía creer. *(Vuelve al sillón. Agacha la cabeza y se la agarra con las manos. Suena nuevamente la música. Pausa. Héctor se levanta y se acerca a la puerta balcón)*. Tienta, ¿no? *(Héctor lo mira)*. Viernes de ajedrez, pizza y cerveza. El que perdía, pagaba. Allá pajas mentales con las milanesas a la napolitana de la abuela de Rizzo, los raviolos de doña Estela y la pizza del tano de acá abajo, chorreante de muzzza. *(Pausa)*. Y acá, las pajas mentales recordando lo que deseábamos allá. Cecilia me hizo volver a pedir. *(Se levanta y camina)*. Ella no sabe jugar al ajedrez, pero sabía que la partida estaba por terminar. Había cesado el fuego del enemigo. Solamente que debajo del silencio reinante se preparaba el ataque final. *(Pausa. Bebe)*. Si hubiera percibido lo que se venía... Te necesité. *(Héctor se sienta frente a Pablo)*. Sí, nada, tenés razón, estaba como nosotros frente a los ingleses.

(Pausa. Deja el vaso y se levanta de golpe). Todo esto es una mierda. *(Trastabilla. Héctor se levanta como para ayudarlo. Pablo le hace un gesto de que se quede ahí y se va a la pieza. Se escuchan ruidos de puertas y cajones que se abren. Sale con un revólver. Le apunta a Héctor y luego se apunta la sien. Extiende los brazos y gira varias veces)* ¡Los tengo que matar! *(Le apunta a Héctor. Da un giro de ciento ochenta grados con el revólver apuntando)*. A Cecilia, al turro que se está cogiendo a Cecilia, y a vos, traidor.

(Se apunta con el revólver en la sien. Cae de rodillas. Deja caer los brazos. Pausa). A todos. Por Dios. *(Pausa. Héctor se acerca lentamente. Se queda parado delante de Pablo. Pablo levanta la mirada y se queda mirándolo)*. ¿Para qué me salvaste? *(Se levanta apoyándose en la mesita. Agarra el vaso y bebe)*. Ahora me pedís perdón. ¿Ahora?

(Héctor da un paso hacia Pablo). ¡Ahora no te me acerques! (Le apunta con el revólver).

Héctor se detiene. Pablo se sonríe. Camina alrededor de Héctor. Pausa). Y yo que sentía culpa por evitarte un poco en los últimos tiempos. (Grita). Sí, sí, como escuchás. (Va hasta la puertaventana y se apoya). Me tenías cansado con tus continuas quejas; que habías renunciado al laburo porque no te valoraban por haber ido a Malvinas... (Se vuelve y lo mira). Por Dios, Héctor. Últimamente no había una vez que no hablaras de lo que vivimos allá, carajo. ¡Que no te reconocían! (Pausa). Pero si hubieras visto tu entierro... Hasta vos te habrías emocionado. Sobre el cajón pusieron la bandera argentina y tocaron Silencio. (Suena la música. Pablo se queda quieto y hace la venia. Pausa. Regresa al living. Enciende un cigarrillo. Lo mira. Pausa. Pita. Mueve una ficha del ajedrez). Nunca lo superaste. Sobrevivir a Malvinas te quitó cualquier otro motivo para vivir. Te dejaste hundir en un pasado del que nunca se escapa.

(Levanta el vaso hacia Héctor). Salud. (Bebe). Relamer el dulce sabor del momento que nunca se disipa. (Se para y camina mientras Héctor lo observa). Me dejaste solo con los recuerdos en la desolada soledad. ¿Sabés lo que es no poder confirmar un recuerdo? ¿No saber si lo vivido fue como lo recordás o si la imaginación puso lo suyo? No, no sabés, cómo vas a saber. Te llevaste el poncho de hule bajo el cual protegíamos nuestra memoria contra el azote de las fantasías. (Bebe). Acá mismo, moviendo las fichas, nos asegurábamos que la memoria no nos traicionaba. (Pausa). Me dejaste huérfano. Como aquella vez que te pregunté por aquel pub que descubrimos en el pueblo, que nos vendía cigarrillos 555 y chocolates Lindt, y al que llegábamos eludiendo a la policía militar que custodiaba el perímetro. Solo vos pudiste confirmármelo. Los demás me

dijeron que estaba divagando. (*Pausa*). Basta, es absurdo. Me salvaste, sí, para... esto. (*Da una vuelta con los brazos extendidos. Se detiene. Pausa*). ¿Por qué lo hiciste? Respondé, por favor. ¿Qué pasó? (*Agarra el revólver y le apunta*). La única manera que me respondas... Te voy a volver a matar. Te lo juro. (*Pausa*). Sí, te voy a ir a buscar. (*Ríe*). ¿Absurdo? Sí, tanto como lo que vos hiciste. (*Suena el celular. Deja el revólver. Responde*). Hola, Miguel. No sé. Estoy, estoy cansado. No doy más. (*Se sienta. Arrastra las palabras. Se agarra la cabeza con una mano. Pausa*). Me cagó, Miguel. Sí, Cecilia me dejó, la muy hija de puta. La necesito, Miguel. Le di todo. (*Bebe*). Un poco nada más. (*Mira el vaso*). Sí, lo sé..., lo sé, con pastillas no. Está bien. En el departamento de ella, bueno, de Héctor. Sí, te escucho. Pero no quiero más. Cansado, Miguel. No, no quiero. Basta, no más. Que termine. La única vida que esperé, se me escapó. (*Bebe*). Está bien. Sí, me quedó acá. No tengo. No sé. Sí, sí, te lo prometo, nada. Atendé. Te lo prometo.

Dale, te espero. (*Corta la llamada. Pausa. Se levanta, sirve más whisky y bebe*). Que espere, como si la vida fuera una sala de espera. ¿A qué? Decime. Allá me la pasé esperando un final que nunca llegó. ¿Para qué? Psicólogos, psiquiatras. Por Dios, ¡qué saben de sentirse sobreviviente!, que jueguen a la rayuela con la parca y después hacemos terapia. No te rías, pelotudo. Ya sé, ya sé, me lo habías dicho. (*Héctor camina con pasos lentos y alargados por el ambiente. Pablo, con el vaso en una mano y el revólver en la otra, se pone detrás y da los mismos pasos siguiendo a Héctor*). Sí, sí, así, a la rayuela como cuando nos batimos en retirada, después de volar las municiones. Campo minado. En busca del cielo. En fila india los cuatro. Tomando distancia como lo hacíamos un año atrás en el colegio. A un metro de distancia uno del otro. Éramos la portada de *Abbey Road*. Pisando donde pisaba el de

adelante. Primero, el teniente. Yo le pedía a mi mamá que me salvara. A Dios que me sacara de ahí. Y vos, haciendo chistes. Qué hijo de puta. *(Deja de seguirlo. Héctor se frena)*. Pero me cagaste, ¿por qué, carajo? *(Héctor se para delante del balcón. Pablo se sienta, deja el vaso y mira el celular. Va a grabar un audio pero desiste. Se agarra la cabeza)*. Esto es una locura. ¿Qué hago? Por Dios.

(Cruzan las miradas). Sí, sí, en aquel momento nos hicimos más creyentes que el Papa. *(Pausa)*. Absurdo, totalmente de acuerdo. ¿Te das cuenta de que la huida continúa? Siempre para allá. Sin saber qué es el allá y que si estás allá, tampoco lo sabes. *(Se levanta)*. Ahora está cogiendo con otro, y yo, y yo sin respuestas. *(Camina de un lado a otro con el vaso en la mano. Se ríe)*. Apenas volvimos, Sandra, una excompañera de la secundaria que me vino a saludar, me dijo: “Si volviste es porque Dios tiene otros planes para vos”. Qué se meta los planes en el orto. No, no la mandé al carajo. Mejor que no me la vuelva a encontrar. *(Pausa)*. No, no sé qué hacer, decime vos qué harías. Recuerdo tu frase de cabecera, que no existe diferencia entre la vida y la muerte y que por eso elegías la vida. Entonces, ¿qué te llevó a cambiarla? Respondé, carajo. ¿Dónde quedó todo lo que íbamos a hacer si pasábamos aquella última noche? *(Se pone la bufanda y se para delante del balcón junto a Héctor que le pasa el brazo por los hombros)*. Rompiste el juramento.

Representación en el balcón:

(Oscuridad. Se distinguen las siluetas de Pablo y de Héctor, con ropa de combate, sentadas apoyadas sobre una pared de barro. Tienen las piernas dobladas contra el pecho. Pablo pita un cigarrillo y se lo extiende a Héctor, que no lo agarra. Por arriba de ellos se escuchan estruendos cercanos que iluminan repentinamente la escena y permiten ver que nieva. Lluvia de barro y metales. Aturdimiento de disparos de fusil. Se ven

las líneas rojas hechas por los proyectiles trazantes. En off a los gritos): Tomá dos cigarrillos, dejame el fusil. El cargador también. Chau.

PABLO: *(Zamarrea a Héctor)*. No te duermas, carajo.

HÉCTOR: No, no. *(Agarra el cigarrillo)*.

PABLO: Jurame que si salimos de esta...

HÉCTOR: Olvidate. Setenta días y querés que sigamos juntos, encima con la baranda que tenés, estás en pedo. *(Ríen)*.

EN OFF: *¡Wasilek, Skirmu, al mortero!*

HÉCTOR: *(Le regresa el cigarrillo a Pablo)*. Si salimos.

(Los cuerpos se arrastran y salen. Se los ve parados, pero inclinados. Griterío de soldados). En off varias voces a los gritos: Vamos, carajo. Carga, ajuste, fuego, carga, ajuste, fuego. Massot al fusil. Vamos soldados. ¡Abajo! *(Un estruendo muy cerca. Humo. Silencio de los soldados. Pausa. El humo se disipa. Cuerpos que se levantan)*.

Living:

(Pablo tira la bufanda sobre el sillón. Se sienta aturdido). ¿Qué me espera? Noche tras noche recordando el futuro que me espera. Noche tras noche olvidando que vivo para ser olvidado. Estar muerto tiene sus maneras. Sus caprichos. Vivir en un constante orgasmo sería no vivir. Te conté de Marcela. La que después de varias salidas vino una noche a casa. Cenamos y nos quedamos bebiendo y charlando hasta tarde. Después se puso un conjuntito y fuimos a la cama. Hicimos cucharita y me quedé dormido. A la mañana siguiente se fue dando un portazo, me dijo: “Dejá de ver fantasmas”. *(Agarra el vaso y bebe. Pausa. Se levanta y camina como puede, “borracho”. Se para delante del espejo. Pausa. Se da vuelta)*. Cecilia era el antídoto contra los fantasmas que volverán a revolotearme. *(Pausa)*. Tenés

razón, no hay diferencia, allá o acá. Se caen los velos y tener que reconocer que pasás a ser un pasado que el tiempo borronea hasta hacerse la nada misma. Sí, sí, es absurdo. (*Suena el celular. Pablo lo agarra, lo mira dejándolo sonar. Lo apaga*). Al pedo. Me sé de memoria el discurso terapéutico. (*Arroja el celular sobre el sillón. Se sienta desplomado. Pausa. Suenan truenos y se ve la iluminación de relámpagos. Héctor da un paso hacia el balcón*). No me abandones, por favor. Juguemos otra vez a perdernos, a tensar la cuerda que nos ata a la vida. (*Héctor se frena y regresa al sillón. Pablo agarra el revólver. Una a una va sacando las balas del cargador y las va dejando paradas en fila sobre la mesita. Agarra el vaso y bebe*). Seis balas. (*Con el dedo va apuntando a cada bala y canta*). En la casa de Héctor todos cuentan... no, no, y no. No rima. En la casa de Cecilia todos cogen... no, no, tampoco. Tampoco. Al fin y al cabo son iguales. (*Héctor se sienta en el borde del sillón. Pablo toma una bala y la mira*). Una es lo que nos separa de algo que es lo mismo. Una que nos deje a cada uno en el olvido. Una sola. (*La coloca en el tambor. Bebe un buen trago. Hace girar el tambor*). Gira y se tensa la vida. Gira y vuelve el sentido de la vida. (*Se levanta. Va y viene bamboleando el revólver. Se frena y le apunta a Héctor*). A mí me decís cobarde, a mí, justo vos. (*Vuelve a caminar. Pausa. Suena un trueno. Héctor se levanta y va hacia el balcón. Pablo se detiene y le apunta*). ¡Cagón! (*Héctor se frena y se da vuelta para mirarlo a Pablo. Pausa. Héctor se va por el balcón, y Pablo gatilla el revólver que no suena. Pausa. Baja el revólver*).

Fin

LA NIEBLA DE LA GUERRA ESTABA EN LAS VOCES

Pablo Iglesias

Un patio techado de PH. Rulo arregla con abínco un pequeño tambor de moto que está en el piso sobre una frazada vieja. Dalton con traje antifiama y casco puesto, observa.

RULO: Pasame el destornillador de la caja.

Dalton va hacia la caja de herramientas que está abierta mientras Rulo intenta en vano meter a mano una arandela.

... Apurate, dale que esto no va a pulso.

Dalton revuelve la caja de herramientas, la observa confundido. Rulo se molesta y él mismo va hacia la caja, toma el destornillador y vuela al motorcito. Dalton se quita el casco y se toma la cabeza con gesto de dolor.

DALTON: Se me parte el marote. En Daltonia no existen los dolores de cabeza.

RULO: No empieces.

DALTON: ¿Tenés listo eso?

RULO: Casi... Por ahí se le puso dura la dirección, habría que pasarle otra vuelta de lubricante, pero se las puede arreglar en baja.

DALTON: Evidentemente, no. En cambio en Daltonia...

RULO: ¡Callate boludo! No empieces con eso, te dije.

Silencio. Rulo sigue trabajando. Dalton lo mira con gesto de disgusto.

... ¿Y el antifiama para qué?

DALTON: Me gusta cagarme de calor.

RULO: Te gusta hacerte el medalla de oro, repartidor de pizzas.

DALTON: Al menos cuando me agacho no se me ve la zanja del orto como a vos.

Rulo intenta disimular que se acomoda el pantalón y termina de

armar el tamborcito.

RULO: Ahora sí. Directo a la 25 de mayo. Regulando porque se funde. No aguanta un Carabobo - 9 de Julio a fondo en ese estado.

Rulo le pide el casco con un gesto, Dalton se lo da, Rulo se lo coloca y al hacerlo adopta una actitud como si fuera otra persona. Voz, actitud, todo parece de una persona mayor. Dalton se da cuenta de inmediato.

DALTON: Ahora no empieces vos.

RULO: A mis compañeros de escuadrón les hablaba de ustedes dos con orgullo y también con miedo de no volver a verlos...

DALTON: Ah, okey, yo no puedo hablar de Daltonia y vos podés hacerte el poseído, ¡qué justo!

RULO: En los pozos de zorro les contaba...

Dalton le sigue el juego.

DALTON: Sí, y en el barro escribiste nuestros nombres...

RULO: Con la punta de una munición trazante.

DALTON: ¿El de quién primero?

RULO: Por orden de aparición.

DALTON: Y, sí... ¿Qué otro orden existe para las cosas, no?... Arreglame la moto y dejame de romper las pelotas, dale.

RULO: La arreglé pero vos no manejes más así como un desahorado. ¿No ves que me preocupo? Soy tu padre.

DALTON: Vos no sos mi viejo, vos sos un loco de mierda. Y si fueses mi padre te diría ¿quién carajos sos para darme consejos después de que decidiste pegártela a propósito como te la pegaste?

RULO: No fue a propósito. Había mucha niebla...

Rulo se quita el casco y vuelve a su actitud normal y comienza a desarmar el tamborcito. Dalton se angustia y se vuelve a poner el casco.

DALTON: En Daltonia los seres queridos no se mueren nunca. El cielo siempre está despejado. El mar no tira. No existen los milicos ni la yuta y tampoco los semáforos porque apenas bajás un pie los autos frenan.

RULO (*irónico*): Igual que en Suiza.

DALTON: ¿Para qué volviste a desarmar eso?

RULO: Para perfeccionarme.

DALTON: Necesito la moto para laburar, pelotudo.

Rulo busca una herramienta dando vuelta la caja por el aire, un estruendo y caen herramientas desparramadas por el lugar. Toma una pica de loro y con la misma lo señala a Dalton y le habla, sabiendo.

RULO: Cuando el barro se endurece ya no se puede tachar.

Dalton se levanta el casco, saca un paquete flaco de cigarrillos y fuma. Rulo lo mira como pidiéndole.

DALTON: Me queda el último.

RULO: Convidame una seca al menos.

Dalton le pasa el cigarrillo.

DALTON: Me duele la garganta, che.

RULO: ¿No era la cabeza?

DALTON: El dolor me tomó todo ahora ¿Tendré cáncer?

RULO: Y vos, con tal de no laburar...

DALTON: Mira qué despelote que armaste con las herramientas.

RULO: Si estuviera papá nos convidaría fasos a rolete con tal de que le escucháramos contar su famosa anécdota...

Silencio. Dalton lo mira con desconcierto.

... ¿Ya no te la acordás?

DALTON: El arranque te lo sabías vos.

RULO: No te acordás... Empezaba cuando se perdió en la estepa y el gurka que se le aparece entre la niebla como un fantasma, el viejo que no logra terminar de ponerle

la bayoneta al F.A.L y ahí el tipo le dice algo en inglés que...

DALTON: Tomá, callate.

Daltón le da su cigarrillo a medio fumar, Rulo pita y se calla.

DALTON: Qué dolor de estómago.

RULO: ¿No era la garganta y la cabeza?

DALTON: El cáncer de estómago no se cura ¿no?

RULO: Necesitás otro trabajo vos.

DALTON: No, la verdad que no.

Rulo arroja la colilla, se pone el casco y vuelve a adoptar la forma del padre.

RULO: Buen perdedor el inglés. “Congrats, you win” me dijo y me ofreció la cabecita para la picota. Pero yo, magnánimo en la victoria, solo lo tomé prisionero hasta que esa niebla otra vez.... ¿Les conté cuando al dragoneante Milanesi lo estaquearon a la intemperie por robarse una coliflor de un huerto?

DALTON: Cortala con el teatro, pelotudo, no sé si estás enfermo de la cabeza en serio o lo hacés a propósito.

RULO: Tenía una foto con Menéndez dándome la medalla pero la bruja de su madre la tiró. La bruja de su madre me tiraba todo. Hasta la colección de “El Gráfico” me tiró la bruja...

DALTON: No te metas con mamá, pelotudo, y dejá de actuar que me ponés nervioso.

RULO: Me estarían haciendo falta los puchos, che. Los que fumo yo, los negros, no esos de puto que fuman tu hermano y vos.

DALTON: Y a mí me estaría haciendo falta una cucharadita de corticoide.

Dalton se toma el pecho y respira hipóventilado. Rulo se quita el

casco y con actitud normal, arranca hojas secas de una planta y comienza a estrujarlas hasta hacerlas polvo.

DALTON: ¿Qué hacés?

RULO: Me podés ayudar si querés.

Dalton lo ayuda, pelan todas las hojas y las pulverizan con las palmas. Luego, con cuidado, Rulo vuelca dentro de los canutos que hizo el polvillo con sus recortes y arma un cigarro. Luego enciende el improvisado cigarrillo. Pita, y tose.

DALTON: La Azalea es fuerte pero alegre y da flor en invierno.

RULO: Yo con tal de fumar... Contame más de ese lugar.

DALTON: ¿Daltonia?

RULO: Ese, sí.

Mientras Dalton relata, Rulo se pone el casco y cabecea hasta dormirse.

DALTON (*entusiasmo*): En Daltonia la luna es llena todas las noches. No existen las guerras ni el estrés postraumático y por eso no hay suicidios. La gente solo muere de muy, muy viejos y cuando ya desean morir. Hay unos autos y unas motos increíbles en Daltonia. Allá el cáncer es como una gripe y un helado te dura dos horas. La niebla no existe porque los días son soleados hasta cuando llueve y siempre sopla un vientito refrescante. Todas las películas tienen finales felices y doblajes con las voces de los actores originales, porque en Daltonia el lenguaje es universal. Además, las casas no tienen cerraduras porque no hay inseguridad y fumar flores no da tos, da placer y es legal. Sí, ya sé, ahora vas a decir “cómo en Uruguay”, forro.

Dalton observa a Rulo que ronca con el casco puesto. Le habla como si fuera el padre el que duerme.

...De chico me gustaban tus cuentos, viejo. Algunos te los creía, otros no. Pero me gustaban. Me gustaba como me agarrabas del cuello con tu manaza cuando caminábamos por la playa. Algún día voy a querer tener un hijo solo para agarrarlo así o para hacerle la casita con mis piernas mientras nos sentamos en el hall y le cuento tus historias. A mí me encantaba estar con vos, me encantaban tus historias.

Dalton se le acerca. Saca un cigarrillo de su bolsillo y se lo pone en el bolsillo de la camisa a Rulo.

... A mí me encantaban pero tuviste que volver de la guerra hecho un zombie, ¡boludo de mierda!

Rulo despierta sobresaltado y comienza a tiritar en actitud del padre.

DALTON: ¿Qué te pasa?

RULO: Nada, me estoy muriendo...

DALTON: ¿Otra vez? En Daltonia puedo pensar en que...

RULO (*interrumpe*): Es hora de actuar, no de pensar.

DALTON: Así, con la cabeza y la garganta a la miseria, imposible.

RULO: A mí se me aflojan los dientes y la próstata.

DALTON: ¿Qué, es una competencia esto?

RULO: Siempre.... Dame un rubio de esos de puto.

DALTON: Dejé de fumar recién.

Rulo tiritita más fuerte, Dalton lo tapa con la frazada sucia.

RULO: ¿Quién puede dormir en estas condiciones?

DALTON: ¿Dormir o morir? ¿En qué quedamos?

RULO: En este estado, es la misma cagada... Igual que con las municiones del mundial 78 y con los borcegos llenos de agujeros... Sin abrigo, sin comida... ¡Y sin puchos!

DALTON: Fumate una planta, dejame de hinchar... ¿Tenés fiebre?

RULO: Y claro.

DALTON: ¿Te vas a morir en serio entonces?

RULO: Todos.

DALTON: ¿De qué?

RULO: De lo que sea necesario.

DALTON: No es justo.

RULO: Lo justo sería que vos aprendieras a quedarte sólo sin necesidad de irte a ese mundo de fantasía.

DALTON: Daltonia no es una fantasía, es una necesidad. En Daltonia la soledad no es un estallido de voces en el cerebro. En Daltonia nunca hace frío. No hace falta la política porque todo es de todos y los borrachos no se mandan terribles cagadones como acá. No hay imágenes de padres suicidas estrellándose en el oído. No me dejes sólo, viejo y la re concha de mi abuela.

RULO: Qué lindo. Contame más.

Daltón: ¡No! ¡No, porque te dormís! Y tardo en diferenciar si estás dormido o muerto, forro de mierda.

RULO: Acomodáme la frazadita.

Dalton le acomoda la frazada. Rulo hace que muere.

DALTON: Al final, el gurka estaba más perdido que vos y tenía los cargadores vacíos... Se ayudaron dándose calor. Vivieron un día más para poder seguir combatiendo. Volivste a casa rengueando por un esquirlazo. A mí me parecía una herida de guerra copada hasta que te escuché la voz llena de niebla.

Rulo despierta, se quita el casco, se pone de pie como si nada, deja el casco sobre la frazada. Dalton sigue mirando hacia la frazada como si fuera un muerto. Rulo va hacia un costado, toma el motorcito de la moto y lo deja sobre la frazada al lado del casco. Dalton observa. Respetuoso silencio.

RULO: Se subió a la moto y salió arando en busca de su destino. Escuchó el sonido a motor pesado luego de dar contra el paredón. El motor siguió girando en falso como si hubiera quedado furioso, olor a adrenalina y gasoil. Seguramente debe haber visto todo como una gran foto clipeada, sabés que para él todo era como una foto, a su manera el viejo tenía su Daltonia.

Se hacen la señal de la cruz mirando el casco. Silencio. Rulo señala el casco.

RULO: ¿Querés quedártelo vos?

DALTON: No. Yo tengo su carnet del club. Tiene cupón pago del día de la fecha y todo.

RULO: ¿No lo necesitás para laburar?

DALTON: Voy a renunciar.

Rulo tantea su bolsillo hasta que descubre el cigarrillo que Dalton le pusiera. Rulo enciende el cigarrillo. Fuma pausado y con calma. Le pasa el cigarrillo a Dalton que también fuma. Entre los dos dan vuelta el casco y tiran las cenizas dentro.

Apagón

LA TRINCHERA

Carla Lis Conti

Una trinchera, con tres soldados en su interior. En el lugar hay trastos y bolsas de dormir. La escena se juega dentro y fuera de la misma. Es de noche y el lugar es Las dos Hermanas. Hace frío, y el silbido del viento es casi constante.

JUAN: *(Está vigilando con el arma dispuesta)* Che, Tato. Andá despertándote que seguís vos.

TATO: *(Emvuelto en una manta)* Sí, ya voy...

JUAN: Dale, que no doy más del frío.

TATO: ¿Y pensás que yo estoy al lado de una estufa a gas?

JUAN: Bueno, dale, correntino. Ya no siento las manos.

TATO: ¿Y el Beto?

JUAN: Hace más de media hora que se fue a llevarle agua a Ricardo.

TATO: ¿Todavía sigue allá afuera?

JUAN: Sí.

TATO: ¿Y el Beto, qué? ¿Anda buscando hacerle compañía?

JUAN: Dale, despabilate y montá guardia de una buena vez. Estoy calado hasta los huesos.

TATO: Ta' bien, deja de chumbar que ya pareces milico.

JUAN: Y es lo que somos ahora, ¿no?

TATO: Vos lo serás. Porque yo no elegí estar acá. Mirá que tocarme la colimba y al mes me mandan a esta guerra, atrincherado y con este frío y esta nieve que no aflojan.

OFF: Ayyyyy.... Ayyyyy... Ayuda....

TATO: Pobre, Ricardito. Se debe estar cagando de frío. Es asmático, y se va a morir si sigue ahí.

JUAN: Me preocupa también el Beto, que no llega.

TATO: Con Ricardo no está, porque el pibe sigue gritando.

Algo le pasó al Beto.

JUAN: Vení acá. Montá guardia y no te muevas, que voy a salir para ver qué pasa.

TATO: ¿Querés que te peguen un cohetazo? Esperamos cinco minutos, si no regresa salimos.

JUAN: No podemos dejar sola la trinchera. Sale uno solo. Salgo yo.

TATO: No hay ninguno controlándonos. Nos arrastramos sin levantar la cabeza. Allá en Corrientes, cuando salíamos a cazar con mi viejo, en épocas que no había que llevarse a la boca, nos arrastrábamos entre los yuyos para esperar a alguna liebre, perdiz o todo aquello que tuviera ojos.

JUAN: Bueno, correntino. Acá estamos bien jodidos. No estás en tus pagos, ni hay liebres circulando.

TATO: Allá en mi pago hay que salir a buscar el morfi, porque no lo tenemos para nada fácil.

JUAN: Las once y cuarto, y Beto que no regresa. Lo habrá pescado el sargento. Seguro que sí.

TATO: Bueno, a cagar leche. Vayamos por él.

OFF: Ayyyy.... Ay.....

TATO: No está con Ricardito, porque sigue gritando. Vayamos a buscarlo de una vez, Juan.

JUAN: Tanta cosa y vamos a perder esta guerra. ¡Balas contra flechas! ¡Balas contra flechas!

TATO: ¿Ta' loco vos? Si perdemos el pellejo es para ganarla.

JUAN: ¿Sí? ¿Con estas armas viejas y obsoletas, que se traban? ¡Nosotros tenemos flechas!

TATO: . Pero somos más inteligentes. Porque con estas armas de mierda, les estamos dando batalla.

JUAN: Vamos, salgamos a buscarlo. No podemos esperar

más, que pase lo que sea.

TATO: Dale, que de paso miramos a Ricardito. *(Salen arrastrándose sin soltar las armas.)*

JUAN: Che vos, vista de águila. ¿Ves algo? ¿Llegas a ver a Ricardito?

TATO: Sí. Está ahí fijo, estaqueado. Solo tiene la camiseta y los calzoncillos. Está temblando...

JUAN: La puta madre, estos nos matan antes que el enemigo. ¿Dónde se habrá metido, Beto?

TATO: Regresemos, no quiero lo mismo que Ricardito, y comerme una tortura al pedo.

JUAN: Dale, peguemos la vuelta. *(Ambos se arrastran hasta la trinchera. Se escuchan disparos)*

TATO: ¡La puta madre, viejo! Nos van a agujerear las tripas.

JUAN: Dale, meté pata y no levantes la cabeza. Vamos, rápido, más rápido.

TATO: ¿Piensas que soy una Yará?

JUAN: Mete pata, corrientes pora'. *(Llega primero y lo ayuda a entrar al correntino)*

TATO: Bueno, en casita de nuevo. Tengo hambre, viejo. ¿Querés? *(Le muestra unas raíces)*

JUAN: ¿Yuyos? Faltaría enfermarnos más de lo que ya estamos.

TATO: Son raíces. Recién las arranqué. Cómo se ve que los porteños no pasan ragú. Cuando en casa no hay guita pa' yerba, mi vieja la pone a secar al sol y la vuelve a cebar al otro día.

JUAN: Y yo me quejo porque mi viejo me hace comprar libros usados para la facultad.

TATO: ¿Ingresaste tan pronto?

JUAN: Terminé el bachiller a los diecisiete. Estaba por

comenzar el segundo año de medicina.

TATO: ¡Qué bocho que tenés! No terminé la primaria, no me entraba y tenía que laburar con mi viejo en el campo. La escuela estaba lejos y cuando llovía caía más agua en el aula que afuera.

JUAN: Ahora veo por qué te tomás todo con más calma que nosotros.

TATO: Y si me amargo no gano nada. Pero el hambre y este frío... en Corrientes hace calor.

BETO: Hola... Abran cancha. (*Está exhausto*) No doy más, ya ni siento los pies, solo dolor y punzadas, pero traje estas latas. ¡Una de sardinas y la otra de caballa!

JUAN: Sacate el borcego que voy a mirar eso. (*Lo revisa*) Está hinchado.

TATO: Hay que llevarlo a la enfermería como sea. Y bien lejos que estamos. ¡Cinco kilómetros! ¿Te duele mucho? Te lo tenés que orinar. En el campo hacemos eso, para nos pasarnos las manos en la cosecha. Uy, eso está infectado.

BETO: Me duele mucho. Conseguí papeles de diario para poner en los borcegos, así no sentimos tanto el frío, y protegemos los pies, pero primero morfemos. (*Saca latas del bolsillo*)

JUAN: Che, Corrientes. Hacé tu guardia y no diagnostiques más. Beto dame tu pie.

BETO: ¿Está muy fulero? ¿Cómo lo ves? Decime la verdad, por favor, que tengo miedo.

JUAN: No está tan mal. (*Le hace masajes*) Es la circulación, tratá de tener el pie en alto, y meátelo.

BETO: Siempre es bueno tener el médico en casa. (*Ríen*)

JUAN: ¿Lo pudiste ver a Ricardito?

BETO: Sí, y le dí de beber agua. No me pregunten más. Parte el corazón, verlo como está el pibe.

TATO: Es que se va a ligar un cohetazo en cualquier momento. Ya tendrían que soltarlo, que tanto joder. No vinimos a hacer la colimba, estamos acá para defender la Patria, carajo.

JUAN: ¿Hipotérmico, no? ¿De que color tenía los labios?

BETO: Blancos, como la cara. Lo tienen que sacar. En cualquier momento se come una bala.

TATO: Si nos vieran nuestras madres... pobrecitas. ¡Mi vieja!

BETO: Pensemos que tenemos comida (*Levanta las latas el alto*)
¿Por cual empezamos?

TATO: ¡Bravo! ¡Bravo! Hoy morfamos lindo, muchachos.
¡Hay comida! ¡Hay comida! (*zapatea*)

JUAN: Bueno, vamos a comer, pero tenemos que llevarle algo a Ricardito. ¿De acuerdo?

BETO: Yo le llevo.

JUAN: No, dejá que ya hiciste lo tuyo. Mejor pone el pie en alto.

TATO: Pero este correntino que se arrastra cual yará, irá en la misión. ¿Estamos? Así después no me tildan de lento y perezoso estos cordobeses.

BETO: Dale, campeón.

OFF: Ayyyy... ayyyy... ayuda... ayuda...

TATO: Me parte el alma ese gurí.

BETO: Cuando lo veas va a ser peor. Prepará el ojo y el alma.

JUAN: Bueno, vamos a comer, así Corrientes pora' le lleva rápido un bocado a Ricardito.

TATO: Vamos, que con solo mirar las latas ya me alimento.
Hasta les huelo el contenido...

BETO: No perdés tu sentido del humor...

TATO: Ustedes los cordobeses mucho Fernet, pero el humor correntino no se iguala.

JUAN: No empiecen de nuevo. Que acá adentro no hay lugar para otra guerra. (*Ríen sin parar*)

BETO: (*Agita un papel blanco*) Corrientes, ante Usted. Córdoba se rinde...

TATO: Córdoba, no se me humille tanto..

JUAN: ¡A comer, muchachos!

TATO: Sí, a lavarse las manos chicos, y poner la mesa. (*todos ríen felices*)

OFF: Ayyyy.... Ayyyy... basta.... Basta...

JUAN: Esto ya me quita el hambre...

BETO: Dale, porteñito, no me jugué el pellejo por nada. Ahora vamos a comer, y Tato le lleva...

JUAN: Está bien, espero que lo liberen antes del siguiente ataque, porque lo perdemos.

BETO: Vas a ver que sí. No van a perder un soldado. ¿Con qué las abrimos?

TATO:¿Cómo con qué? No me jodas... ¿Es un chiste, cordobés?

JUAN: ¿No tenías la navaja suiza que trae de todo?

BETO: Sí, la tenía, pero acordate que cuando nos quitaron los cuchillos, también se la llevaron.

JUAN: Milicos tenían que ser. No nos dan comida, pero tampoco nos dejan conseguirla.

TATO: Te dije que esas cosas tenían que permanecer acá. Te lo dije. Era lo único que teníamos.

JUAN: Nos quitaron los cuchillos, porque creyeron que fuimos nosotros los que carneamos aquella oveja. ¿Y qué quieren, matarnos ellos antes que los ingleses?

BETO: Lo hicieron para que habláramos, pero no íbamos a

delatar a los otros. Al fin y al cabo, también comimos cuando la compartieron con nosotros. ¿no? Fue lo mismo que carnearla.

JUAN: ¿Qué hacemos? ¿Abrirlas con los dientes?

BETO: (*Agarra el jarro de acero*) Listo, la punta del asa tiene un filo...

JUAN: ¡Einstein! ¡Genio! (*Intentan abrirlas, sin resultado*)

TATO: Paren, paren muchachos, que me encanuté un cuchillo que estaba tirado por ahí, tiene la hoja partida, pero igual puede servir. Lo enterré acá mismo. (*escarba en un costado y lo saca mostrándolo*) Cuando lo vi, ni lo dudé. En la guerra todo sirve.

BETO: ¡Gracias, amigo!

TATO: Bueno, doble ración para el héroe... jajaja

BETO: Vamos a intentarlo. (*con Juan, tratan de abrir una lata*)
Tomá, martillá con esta piedra.

JUAN: ¡La puta madre! ¡Se terminó de partir la hoja del cuchillo!

BETO: Por algo lo habían dejado tirado... ¿Y ahora, que hacemos?

TATO: Esto pasa porque nos hicieron correr cagando leche, y perdimos varias cosas.

BETO: Yo perdí la foto de mi vieja.

TATO: Y estos guachos nos sacaron la navaja suiza, que tenía de todo. La deben estar usando.

JUAN: La vida es lo que nos están haciendo perder. ¡Vamos, abramos las latas de una vez!

TATO: Si podemos enfrentar tantas balas. ¿Cómo no vamos a abrir unas latitas de mierda?

JUAN: Balas contra flechas... balas contra flechas... Balas contra flechas.

OFF: Ayyyy.... Sáquenme de acá.... Por Dios... ayyyyy...

BETO: Abrámoslas por Ricardito, que está allá afuera. Necesita comer algo.

JUAN: Si le abriéramos los bordes a un jarrito, tendríamos algo con filo.

BETO: Sí, vamos. *(Entre ambos intentan hacerlo)* ¡Mierda! ¡Me corté! Y esto no sirve.

JUAN: Es imposible, pensemos en otra cosa. Algo con filo. ¡La puta madre quiero comer, comer!

BETO: ¿Pensás que sos el único?

TATO: Por las noches, sueño con comida. La tarta de queso y chocolate que comemos allá en Corrientes. El chipá que prepara mi vieja, el sábalo a la parrilla...

BETO: ¡Basta! ¡Pará, correntino! ¿Vos soñas? Yo pienso todo el día en comida, y mis viejos. *(Llora)*

JUAN: Sesenta y siete días llevamos acá. No hay que rendirse. Hay que ganar nuestra propia batalla. No podemos vencernos por el hambre, si no el hambre nos va a matar.

TATO: El hambre es el que nos está matando, y no tenemos cómo defendernos de él.

BETO: Suerte que estamos juntos. Peor Ricardito, y también Gustavo, que está solo en ese hoyo.

(Se abre fuego. Los tres sacan las cabezas para disparar. Combaten. Cesa el fuego)

JUAN: Balas contra flechas, balas contra flechas. Balas contra flechas.

BETO: Ricardito, allá afuera. ¿Escuchan? Ya no grita. No grita más. *(Llora)* ¡No grita!

JUAN: *(Llora)* Lo mataron... lo mataron. Sabía que esto iba a pasar.

OFF: Ayyyyy... sáquenme ... ayuda... No me dejen morir...

BETO: ¡Está vivo! ¡Está vivo! ¿Y dicen que Gustavo está mal porque está solo? Miren a Ricardo.

JUAN: Gustavo eligió estar en solitario. Es medio raro el flaco, introvertido y apenas habla.

TATO: Lo que tiene es mucho más miedo que todos nosotros. ¿Sabían que estudiaba arte? Había rendido el ingreso a Bellas Artes. Es hippie, vendía artesanías en Plaza Francia. Más bien que quiere estar solo. Debe tallar las paredes de la fosa, seguro que se manda un mural.

BETO: Bueno, arriba el espíritu muchachos. Sobrevivimos a este nuevo ataque y tenemos la cena. Solo hay que abrir estas latitas y ya.

OFF: Ayyyy... Ayyyy.. *(Los gritos cada vez son más apagados y agónicos)*

BETO: ¡Por Ricardito, que vamos a abrirlas! ¡Y por Gustavo, que también le vamos a dar!

JUAN: Salgo para ver a Ricardito y enseguida regreso. *(Sale)*

BETO: Cuidado que no te vea ningún milico. *(a Tato)* ¿Se te ocurre algo, correntino?

TATO: Tener el morfi, para mirarlo es duro. Te juro que me comería las balas.

BETO: ¡Una alerta! *(Tiempo)* ¡Ya paró! Nos lo hacen a propósito para tenernos despiertos.

JUAN: *(Entra apurado)* ¿Escucharon eso? No pude llegar donde Ricardito. El viento te lleva puesto.

BETO: Lo hicieron a propósito. Duró treinta segundos, no más. Por las dudas preparemos las granadas de mano, por si hay que salir. Así las tiramos y nos abrimos paso para avanzar.

TATO: (*Asomándose afuera*) Desde acá no se ve nada. Todo limpito. El cielo está bien negro.

BETO: ¿Y cómo abrimos esto? ¿Con los ojos? Ya ni las quiero mirar más. Tengo ganas de llorar.

JUAN: (*Agarra una piedra y las golpea*) ¡Así vamos a abrir estas latas de mierda!

BETO: Pará, que las vas a hacer chatarra...

OFF: Ayyyy... sáquenme de acá... por favor.. Dios... Dios, ayúdame.

JUAN: ¡Por Ricardito! ¡Esta noche va a comer!

TATO: (*Agarra su arma y la prepara*) Yo les voy a enseñar cómo abrir estas latas, córranse a un lado.

JUAN: Pará, que acá están las granadas. ¿No las ves?

BETO: Dejá, que vos no tenés buena puntería.

JUAN: Dejá que lo haga Beto.

TATO: A un lado, combatientes. Ahora, aprendan del genio.

JUAN: Apuntá bien. (*Acomoda las latas, se aleja con Beto. Se tapan los oídos y cierran los ojos*)

TATO: (*Apuntando*) ¡Muchachos! ¡La mesa está servida! ¡Viva la Patria!

OFF: (*Se escuchan los estallidos de disparos del enemigo. Los aviones pasan rasantes en ataque*).

(*La trinchera estalla*)

SONIDO: *Se escucharán los ataques aéreos y de morteros en un ataque terrible que no para. Mientras, de fondo se escuchará "Alta en el cielo". La escena se teñirá con luces celestes y blancas.*

Fin

LOS QUE VOMITAN SANGRE

Javier Gervasoni

Escenario: un banco de plaza en medio, al fondo árboles. Es una tarde de sol.

El Linyera sale detrás del banco, arrastrándose cuerpo a tierra. Sus ropas son harapos, es un linyera. Está todo mugroso, tiene el pelo y la barba larguísima. Tiene una rama y la usa como arma sobre la que se apoya al arrastrarse. Se arrastra por todo el escenario balbuceando, luego regresa detrás del banco. Se para de golpe, desde atrás del banco.

LINYERA: *(hablando solo, rascándose la cabeza)* Cuando pasen, si es que pasan, me van a dar unos pesos. Siempre me dejan algo. Prefiero la plata, porque la comida se pudre o se ensucia. Y los perros se me pegan si olfatean la comida y no me los saco más de encima. En cambio, si es plata, uno con plata hace lo que quiere.

El linyera extiende la mano y camina rengueando. Mira al público, ruega limosna con su mano en alto.

LINYERA: *(en distintos tonos, mientras gesticula y vocaliza exageradamente)* Una moneda, don. No. ¿No tiene una moneda? No. Una moneda, es que mi hijo está operado. No. Me das una moneda para un trago, amigo. No.

(Repite esto, mientras va de una esquina a otra del escenario, siempre gesticulando como un clown hacia la audiencia).

ALGUIEN EN EL PÚBLICO: *(gritando burlón)* Linyera, constante algo, te doy para un vino

OTRO EN EL PÚBLICO: *(gritando burlón)* Ponete a vomitar sangre como el otro día, loco de mierda.

El linyera regresa al centro. Se para en seco, se pone duro como piedra. Mira hacia la izquierda. Se pone firme y hace una seña militar. Luego observa fijamente hacia la izquierda, concentrando en algo. Y

silba, muy fuerte.

LINYERA: *(hacia lo que está en la izquierda)* Ey, ey, ehhhhh. *(vuelve a silbar, hace gesto con un mano, llamando a lo que está en la izquierda, sin abandonar la rigidez de la formación militar).*

Eyy, dalee que te estoy llamandooo.

(Luego se gira hacia el público, se rasca la cabeza mugrosa. Hace una mueca de resignación, suspira tristemente. Se tapa los oídos con miedo. Mientras se oye una detonación, proveniente desde la izquierda. Queda unos segundos quieto. No se mueve. Entreabre los ojos y se saca las manos de las orejas. Comienza a pasearse, rengueando por el escenario. La luz lo sigue, y parpadea cuando el linyera hace pausas al hablar).

LINYERA: *(mientras habla se restriega las manos, nervioso, se rasca la cabeza, camina lerdo, rengueando)* Ese es Manuelito que pisó otra vez la mina, le volaron las tripas por los aires. Había pedazos de carne todos lados, eran como empanadas envueltas en la tela verde oscura. Querían volar el puente Fitz Roy, pero la zona estaba llena de pozos. Después René me abrazó en la trinchera. Me dijo que le habían mentido al General Benjamín. El escuadrón sí había masticado pedacitos de la carne tibia de Manuelito. La idea fue del Goyo. Juntó un poco de entre la nieve, y a la carne le salía vapor, por el calor de la sangre y la metralla. René me dijo que no tenga miedo, que algún día íbamos a ganar. Después me abrazó más fuerte. Me escupió su sangre en el pecho. El doctor dijo que por tanta malasangre los finados mueren escupiendo sangre. Pero no es por la chupa, dijo el doctor. Es por la rabia, por la impotencia.

(Mientras dice esto, se arrodilla, ejemplificándolo. Queda tirado y habla desde el suelo)

Uno se arrodilla y empieza a vomitar la sangre como si

fuese agua, después queda tirado, temblando de la descompostura ahí en la nieve. Y hay que esperar que vengan a buscarlo, o morirse ahí nomas. El doctor había dicho que lo mío era por el chupi, pero yo miro arriba y hay estrellas que no faltan. Y yo vomitaba sangre y temblaba la otra vuelta. Y mojaba a los perros y los cartones. Y vino una señora preocupada, pensó que me moría ahí nomás. Y yo le dije: tranquila, señora. Yo ahora estoy en el sur.

(Comienza a incorporarse)

El doctor que me dijo que lo mío era por el chupi, no vio a todos esos pibes haciendo fila para rendirse a cambio de una frazada y un plato de sopa. Yo sí.

El doctor estaba en su casa calentito. A mí me mandaron allá y me dijeron que íbamos a ganar. Y que si era un hombre no tenía que sentir miedo. Pero nada que ver. Nomás había silencio y el hielo cubría todo, y donde no había hielo, había barro frío.

(Comienza a gritarle al público, desesperado)

Cavamos trincheras subterráneas con cucharitas de café. Esperamos contentos la invasión, como ladrones de sandía que esperan escondidos en las plantaciones. Decían que esa tierra era nuestra y que los ingleses iban a respetar nuestra decisión.

Confíe en mi patria y solo me humillaron. Tuve hambre, frío, me estaquearon como a vos, señor. Quise huir por el laberinto de las trincheras, pero era un sueño. Luego el bombardeo, el dolor de cabeza, el oído haciendo *piiui*. Y René me mira y llora, expulsa un aire caliente que se pierde en la nieve, y las lágrimas que caen y se le congelan en los ojos.

René me mira y dice, “ahora mi vieja debe estar sirviendo la cena, y mi hermana debe estar llegando del laburo, colgando el delantal en el perchero, besando a mi viejo en la frente. Y yo no estoy”. René llorando, temblando del miedo, me dice, “Negro, vigila aquel monte, que ese jeep no es nuestro”. Y se da la vuelta, y comienza a caminar hacia el acantilado.

(Comienza a caminar, a moverse por el escenario, alterado)

Después el General Benjamín anuncia a cada base que abandonen sus puestos y se presenten en tal barraca. Y así nos entregamos. Diez mil soldados de la patria victoriosa, juguete de esos hijos de puta.

Mugrientos, sucios, enfermos, muertos de hambre, sin pies por el frío, sin dedos por la metralla humedecida. Y los superiores en los camarotes del buque inglés. Y nosotros hacinados bajo tierra. Escoltados hasta para ir a cagar. Y el Goyo les gritaba enojado “Macho ¿dónde mierda querés que me vaya? Dejame un segundito en paz”. Si hubiera podido escaparme, lo habría hecho en marzo, por los laberintos de trincheras que soñaba René en sus pesadillas. O en enero mismo, antes de que llegue ese telegrama, “preséntese en tal lugar, a tal hora”, a pesar de haber hecho la colimba hace un año.

(Se calma, se sienta en el banco, sigue hablando solo, sacude la cabeza)

Y así me agarraron loco, y así nos soltaron rápido los ingleses. Nos mandaron para el continente, y volvimos a nuestros ranchos en colectivos negros, con los vidrios tapados con cartones. Nadie esperó a nadie. Cuando volvimos, nos metieron en colectivos con vidrios pintados y en vagones cargueros. Ni una frazada

o comida para el viaje nos dieron. Total, ya estábamos acostumbrados. Pero hubo pibes que volvían con muñones, de esos sí se hubieran hecho cargo al menos...
(Se para de golpe, salta detrás del banco, busca en cuchillas su arma).

La noche que el maldito General Benjamín se entregó, y nos dejó a los diez mil, casi matamos a Jeremy Moore. No fue un mito urbano. Desde Paraná salieron cazas cargados y reventaron a dos metros del objetivo inglés. El muy hijo de puta justo había salido a mear en la nieve, por eso sobrevivió a la explosión de su cuartel. La noticia no salió en ningún lado.

Vuelve a agacharse detrás del banco. En este momento, el actor que interpreta al linyera realizará un rápido cambio de vestuario; se sacará los harapos del linyera, y dejará expuesto el uniforme verde oliva que ya tenía colocado debajo a escondidas del público, quitándose además el pelo y la barba. El Linyera, ya soldado, comienza a arrastrarse, como al principio, recorre todo el escenario, mientras le gritan los actores desde el público.

ALGUIEN EN EL PÚBLICO: *(gritando burlón)* Dale, croto, apurate, que se viene la invasión...

OTRO EN EL PÚBLICO: *(gritando burlón)* Contate otra y te doy para un vino...

ALGUIEN EN EL PÚBLICO: *(gritando burlón)* Dale loco, que se viene la rendición...

OTRO EN EL PÚBLICO: *(gritando burlón, aplaudiendo rítmicamente)* Que vomite sangre, que vomite sangre...

Se escuchan detonaciones y ruidos de disparos y corridas. El ruido es saturado, ensordecedor. El linyera, ya soldado, se aleja por la derecha, cuerpo a tierra. Reptando como un animal acechado.

Silencio. Telón.

NADIE VIO UN GANSO VERDE

Omar Daniel Tricarico

Personajes: Gustavo de 20 años, en ropa interior, arrastra la inutilidad de su brazo izquierdo. Gus de 53 años, aspecto intelectualoide.

GUS: Entonces, el día sigue a la noche que se continúa con el día y eso está bien. Todo es como un ciclo que se extiende en el tiempo ¿comprendés Gustavo? Y no soy un fantasma, ni siquiera de Dickens. O para que se te haga más nacional, digamos, ni de Bioy.

GUSTAVO: No sé qué hablás, me importa un huevo, pero en serio ¿Vos no lo escuchás? (*Acomoda el brazo izquierdo inservible con el derecho sano*).

GUS: ¿Por qué no aireás un poco, querido?

GUSTAVO: Contame qué pasa.

GUS: Deberías abrir, hace calor y este cuarto parece una jaula de rumiantes.

GUSTAVO: Siempre hace frío (*tirita*) más cuando se hace de noche. Ojalá se pueda saltar la noche (*Da saltitos para entrar en calor, flamea el brazo inútil*).

GUS: El que no salta es un inglés.

GUSTAVO: ¿Eh?

GUS: El mejor gol de la historia, les ganamos, la hinchada grita “el que no salta es un inglés”. (*Saltan y cantan juntos “el que no salta es un inglés”. Gustavo se toma el brazo inútil, para de golpe y lo mira. Gus también. Silencio*).

GUSTAVO: ¿Y reducen el espanto de la guerra a un cantito para saltar? ¿Por qué estás acá hoy?

GUS: Te aconsejo que vayas a descansar, querido.

GUSTAVO: No puedo.

GUS: ¿Y si tomás las cápsulas que te recetaron? Ciertamente, son muy efectivas.

GUSTAVO: (*se sienta sobre el piso*) No quiero dormir.

GUS: ¿Por qué?

GUSTAVO: ¿Dónde trabajás?

GUS: ¿A quién le contaste?

GUSTAVO: A nadie, yo tengo palabra.

GUS: Bien. Tengo un buen puesto en el departamento jurídico, alto estándar, querido, no me puedo quejar. Es una filial de una empresa de Birmingham. (*Gustavo se pone de pie*) Esperá, tranquilo. Hay buenos colegas de allá, esa es la verdad. (*Sonríe*) Me dicen Gus. Gus Grin.

GUSTAVO: ¿No te da vergüenza?

GUS: Es casualidad, no guarda ningún tipo de relación.

GUSTAVO: ¿Ninguna? Allá aprendí que era un ganso. Como vos.

GUS: En todo caso, se ajustaría más a mi persona, digamos un Anser anser.

Gustavo: ¿Qué?

GUS: Es el nombre científico del ganso, pero ganso se dice Guus (*por Gosse*).

GUSTAVO: Sos un ganso verde.

GUS: (*didáctico*) A lo que vos te referís, se pronuncia (*por Gosse Green*) Gus griin, pero green no alude al color verde, green es por prado, pradera, como... la pradera del ganso, por citar un ejemplo.

GUSTAVO: ¿Y las praderas no son verdes, boludo? (*Pausa*). Igual sos un ganso verde, pero no me hablés de eso. Y encima te hacés llamar Gus, mirá que hay que ser cagón.

GUS: Temo que, justamente vos, no podés usar ese término.

(*Cambia*) Gus es un apodo como cualquier otro, digamos, popular.

GUSTAVO: Yo estoy muy orgulloso ¿entendés? Muy orgulloso de los que la bancamos allá. Todos. ¿Y vos te dejás llamar justo Gus? Náuseas me das. Si papá llega a ver lo que te volviste...

GUS: Llegase, no llegar, querido. OK, correcto, entonces decime cómo te llamaban en el secundario.

GUSTAVO: (*debe conceder*) Sí ¿y qué? Los cumpas me decían Grin, está bien, pero siempre Gustavo. Y yo soy Gustavo Grindi hasta que yo lo decida. Vos sos nadie, vos sos nada, así que no me rompas las pelotas. ¿Por qué viniste hoy?

GUS: Todo lo desvías al extremo. No, querido, vivir es relegar y ocultar en el último rincón del inconsciente lo que duele. Vos querés que sea más preciso, muy bien. Sobrevivir ¿te parece más adecuado? Pues bien, sobrevivir es malearse, día a día, permitiendo que la corriente te lleve a buen puerto mientras disfrutás de un buen *red wine*, un *best seller* interesante, música que reconforte y por supuesto la incomparable compañía de una bella mujer.

GUSTAVO: No entiendo qué te pasó. Sos un asco.

GUS: Día por día, Gustavito. Eso es lo importante.

GUSTAVO: ¿Y después qué viene?

GUS: El sueño es muy necesario y repara la mente y el físico. Tomate la medicación que te hace muy bien.

GUSTAVO: Nos hicieron volver por atrás como los tachos de basura. Ya van dieciocho meses que no duermo... ¡y no quiero dormir!

GUS: ¿Por qué?

GUSTAVO: (*demora*) Esas pastillas no me hacen nada, me hacen trabajar la cabeza y la cabeza me piensa.

GUS: Jaja ¿la cabeza te piensa? Sos tan ocurrente como el oriundo del Chaco.

GUSTAVO: ¡Lavate la boca pelotudo! (*cambia*) No sé de dónde saca las fuerzas, se ríe, se ríe todo el tiempo, y eso me hace tan bien, es de hierro el Chaqueño, y se ríe, a veces no entiendo lo que dice en su guaraní hermoso, pero eso no importa.

GUS: Convengamos que hablar correctamente es crucial, de lo contrario...

GUSTAVO: Las horas nos duran más allá... Me comparte el pedacito de chocolate y se ríe a carcajadas ¿escuchás? Explota con i, jijiji, me alegra tanto, como que alumbraba el desastre porque no vemos nada de la pradera del ganso, tiritamos, no sabemos por dónde se van a venir ni cómo, en eso, el cielo negro se ilumina con la bengala, ellos pueden vernos, nosotros no, y se nos vienen, nos tiran con todo, los gritos ¿oís los gritos?. Ese ruido, esos putos ruidos se me aparecen de noche, es el ruido del horror.

GUS: Soldado Grindi, subordinación y valor, vamos, las cosas deben dejarse atrás para que todo fluya hacia el futuro, querido. A dormir, es una orden. Necesitamos que estés en buena condición de salud, y la cosa es día a día hasta los cincuenta y tres, y después seguimos, claro.

GUSTAVO: ¿Vos tenés cincuenta y tres? Sos un anciano.

GUS: Qué ocurrente este Gustavo. Estoy muy en forma. Me operaron seis veces.

GUSTAVO: ¿Quedaste bien?

GUS: Por supuesto, ¿te interesa comprobar? (*De pie, en espejo,*

Gus hace "bíceps" de brazo izquierdo con la fuerte oposición de su otro brazo. Gustavo no puede levantar el brazo izquierdo)

Activo y fuerte. Normal.

GUSTAVO: No me decís lo que quiero saber.

GUS: A la cama, querido (*Gustavo queda tieso y desafiante. Gus cede, se separan*) Está bien, está bien. Sólo porque vos me lo pedís. Hay muchos.

GUSTAVO: Seguí.

GUS: Hay más decesos después que en todas las batallas juntas. Esperá. A todas luces, no es la forma adecuada de solucionar ciertos... inconvenientes.

GUSTAVO: ¿Inconvenientes? Vos no tenés la más puta idea de lo que es seguir, ya te dije, no se puede... (*exagera, despectivo*) Gus. (*Pausa*) ¿Y ese anillo?

GUS: Te enamorás. Mucho. Y te traicionan, pero bueno son las reglas del juego del vivir y de plano que vivir siempre es mejor. Y eso está bien.

GUSTAVO: ¿Y mamá?

GUS: (*niega*) Pobre. Hizo tanto por mí. Lo que pudo.

GUSTAVO: Por mí también.

GUS: Desde la subida al Hércules jamás sonrió.

GUSTAVO: Ni cuando volví. Pobrecita, le terminaron de quemar la sonrisa. Primero lo de Héctor, a Héctor se lo chupan...

GUS: No se te ocurra mencionar a Héctor. Mejor guardá silencio.

GUSTAVO: ... y a mí me llevan a pelear con ellos. Es medio rara la vida ¿no?

GUS: (*cambia*) Con los años impera el orden. Ahora, digamos... yo estoy de acuerdo. Sí, y eso está bien, era necesario, querido, décadas implorando por esos territorios.

GUSTAVO: Dejate de joder, las islas son nuestras, pero mirá cómo terminó tu ilusión de mierda, tu manera de llegar.

GUS: Calma, querido... ya te mencioné, en el devenir del tiempo, las cosas se ordenan y eso está bien.

GUSTAVO: Dejá de repetir que todo está bien. Las cosas que están mal, están mal y las cosas que están bien ¡también están mal! No entiendo cómo no lo oís. ¿Lo oís, sí o no?

GUS: Por favor, quiero verte tomar los comprimidos y después te vas a dormir.

GUSTAVO: No quiero.

GUS: ¡Pero por qué!

GUSTAVO: ¡Porque sí! (*cambia*) El Chaqueño me muestra la foto ajada de su nene. Ahí entiendo. Ese es su secreto para ser de fierro (*Se corta la luz*).

GUS: Enseguida vuelve, debemos ahorrar energía, dicen nuestros gobernantes.

GUSTAVO: Estamos ciegos en la trinchera con un frío que te corta la cara, el Chaqueño y yo, ni luna hay, la puta madre.

GUS: (*Regresa la luz*) ¿Te lo dije? Después tienen una idea, hacen un esquema de cortes programados y trastorno solucionado. ¿No es magistral?

GUSTAVO: Los estruendos cada vez más cerca, las voces de los piratas, dando órdenes, nos están masacrando, trinchera por trinchera. Y se vienen, me doy cuenta y el Chaqueño también (*Se corta la luz*). Él ve en la penumbra, no sé cómo hace. ¡Dale metele bala, porteño añá! Palpo las pocas municiones y calzo mi fusil y... lloro, lloro como un pibito y cuando me quiero enterrar en el fondo de la trinchera un zumbido caliente

me golpea el brazo, una electricidad y mi otra mano helada, siente algo líquido, calentito. Por los ruidos me imagino que el Chaqueño saca su cinturón, me ajusta el brazo, no se ve una mierda, tengo que ver ¡tengo que verme! y prendo el encendedor (*enciende un encendedor*) me sale sangre, me asusto mucho, el Chaqueño putea y veo sus ojos negros, hice que nos descubran. En un segundo, golpea el encendedor de mi mano, me ordena que lo espere, me va a llevar para curarme y sale tirando hacia las voces. Caen algunos, uno es un superior inglés. Pero lo cercan, hijos de puta, y le disparan entre varios. (*Se apaga el encendedor, penumbra total*). Le tengo miedo a esto. Tengo miedo, no puedo más (*Regresa la luz, Gustavo tiene un arma en su mano hábil*)

GUS: Dejá eso. ¡Gustavo!

GUSTAVO: Amanece y lo veo entre muchos cuerpos nuestros y me tiro encima y lo zamarreo, le grito que sería, reíte Chaqueño, reíte hermano ¡reíte la puta que te parió! ¿No ves que sin tu risa estoy muerto Chaqueño puto?... me desprende del Chaqueño un oficial médico de ellos que me venda el brazo, me suben a la camilla y me inyectan algo, el viento es fuerte y lo veo al Chaqueño hacerse chiquito...

GUS: Dámela.

GUSTAVO: ¿Qué sangre de héroe te llena Chaqueño hermoso? Alma salvaje y digna, distinta a la mía, segura, de ciudad, con lujos, cultura importada, calorcito de losa radiante y oxígeno sucio de aire acondicionado. (*Se arrodilla*) Me avergüenzo, Chaqueño, pero nunca, nunca te voy a perdonar que te me mueras. (*Se pone de pie, le habla a la foto*) No sabés lo grande que es tu papá, nenito.

GUS: *(Le alcanza el frasco de pastillas)* Ya está, vamos, te hacen bien.

GUSTAVO: *(Se tapa un oído con la mano que carga el arma, cierra los ojos)* No quiero escuchar más esos ruidos, por favor, los gritos, los ruidos... basta, ya no puedo más.

GUS: Yo te necesito vivo.

GUSTAVO: Sos tan egoísta como yo allá. No quiero ser lo que hicieron de mí, no quiero ser lo que voy a ser con vos, *(despectivo)* Gus, qué asco. *(Lentamente, lleva el arma a la sien derecha)*. Todo, todo es un asco...

En un rápido ademán con sus dos manos contra la de Gustavo, Gus le hace arrojar el arma, lejos. Gustavo acomoda su brazo inútil, se rinde, sentado en un ovillo sobre el piso, llora, vencido.

GUS: *(le alza el rostro y le hace tragar las pastillas)*. Tranquilo, tranquilo Gustavo. No pasa nada. En un rato te dormís y vas a estar como nuevo *(lo hace acostar sobre el piso con delicadeza)*.

GUSTAVO: No entiendo como vos no los escuchás.

GUS: Día por día, Gustavito. ¿Te acordás la nanita que nos cantaba mamá? *(canta susurrando)* “duermáse pedazo de mi corazón, duermase pedazo de mi corazón”. Shh. Shh. *Gustavo se sosiega, por fin, cierra los ojos.*

GUS: *(en confesión)* El dolor es tan grande... que ni yo me reconozco. *(Cambia)* Pero es así, día por día, Mañana a la noche vuelvo. Vas a ver, no es tan grave, querido. *(Se aleja unos pasos)*. Total, nunca nadie vio un ganso verde *(Gus evanesce)*.

Gustavo duerme profundo.

Lenta oscuridad final.

TRINCHERA BLANCA

Rodrigo Amuchástegui

Cama de hospital, hierros pintados de blanco, azulejos. Ventanal luminoso. Habitación cuádruple. Una cama ocupada, las otras están vacías. Una pequeña mesa de luz entre cama y cama. Lorenzo, 45 años, postrado en la cama, está tapado con sábanas blancas. Andrea, 17 años, pelo corto, morruda y Verónica, 15, pelo largo, delgada, rodean la cama. Ambas tienen uniforme gris de colegio. Lorenzo delira con los ojos cerrados.

LORENZO: Soldado Sosa, tráigame el pie que quedó entre las rocas. Y Ud., Quiroga, vaya ya, tagarna, mi muslo, que está enganchado a mi fusil. ¿Qué le pasa, Cáceres? ¿Qué carajo hace que no me trae cagando mis dos brazos? ¿Cómo diablos voy a poder levantarme y pelear contra estos gurkas, si no cumplen con su deber? *Abre los ojos y ve a Andrea en su delirio. Cambia a un tono suave.* ¡Mamá, mamá! Vos te llevaste mi cabeza, ¿me la podés devolver? *Verónica lo sacude.*

VERÓNICA: ¡Papá, papá! ¡Despertate, despertate, por favor! *Lorenzo las reconoce.*

LORENZO: Hijitas, qué lindo. Mis solcitos. Qué gusto me da verlas de nuevo.

ANDREA: Estabas con una pesadilla.

VERÓNICA: ¿Estás tomando las pastillas?

LORENZO: Sí, mijita. *Burlón.* Las tomo. Las tomo con la mano y las guardo. *Saca una bolsita con pastillas amarillas de debajo de la almohada.*

VERÓNICA: Pero, papá. Así no te vas a curar nunca.

ANDREA: Él está bien. Solo tuvo un sueño malo.

VERÓNICA: Estaba delirando, lo sabés. No es la primera

vez. El médico dijo ...

LORENZO: ... El médico dijo que con estas pastillas voy a estar bien, pero yo hace rato que estoy bien. ¿Y saben qué voy a hacer con ellas cuando vuelva a casa?

VERÓNICA: Papá, por favor. Tenés que tomarlas.

LORENZO: Las voy a sembrar. En el jardín, voy a hacer un agujerito para cada una, las tapo bien con tierra, y van a crecer árboles fantásticos, con hojas doradas, plateadas, verdes y azules. Y va a ser como el árbol ese de Adán y Eva, pero nadie va a echar a nadie, y ...

VERÓNICA: ¡Papá! ¡papá! ¿Ves Andrea cómo delira?

LORENZO: No hijita, no deliro. Estoy bien, solo soñando despierto. Veo que vinieron del colegio directamente. ¿Cómo está la madre de Uds.?

ANDREA: Muy bien, mamá sigue orgullosa de vos, se lo cuenta a todos tus compañeros que van a visitarla. Estuvo el capitán de nuevo y se quedó charlando con ella hasta tarde.

VERÓNICA: Está bien, empezó a dar clases de nuevo. Todavía no sabe si va a poder cobrar tu pensión. Parece que hay algún problema, y que no te correspondería. No entendí bien.

LORENZO: Siempre hay problemas, mijita. Hay que andar con cuidado. El enemigo siempre está rondando para apropiarse de lo nuestro. Cuidado con la enfermera gordita y rubia, escuché que se llama Farrington.

VERÓNICA: Papá, la guerra terminó hace cinco años.

LORENZO: ¿Las recuperamos, acaso? No hay que ser boludos. La guerra no terminó. El enemigo a veces está muy cerca. Ayer mismo nos atacaron con fuego de ametralladoras. Tatatatata tatatatata. Pero el

edificio resistió.

VERÓNICA: Papá, afuera no está el enemigo. Ya no hay más enemigos.

LORENZO: Fíjate por la ventana, fíjate si se fueron.

VERÓNICA: Te confundiste.

LORENZO: ¡Fíjese, soldado, carajo! No me desobedezca que lo voy a estaquear.

Verónica va a la ventana, corre una pesada cortina blanca y se queda un momento mirando a la calle. Desde allí.

VERÓNICA: Pasa un señor con un sombrero gris, camina apurado. Hay una pareja besándose en la parada del colectivo, una señora lleva un cochecito y charla con otra. Y un montón de máquinas y gente trabajando. No, papá, no está el enemigo afuera. No me parece.

LORENZO: Se habrán cagado las patas, ayer nos atacaron. *Se escucha ruido como si fuera una ametralladora.* ¡Agáchense! ¡Agáchense! ¿Y ahora qué me dicen, carajo? ¿Estoy macaneando acaso?

ANDREA: No, papá, tenés razón. Vamos a andar con cuidado.

Verónica y Andrea hablan en voz baja.

VERÓNICA: Están rompiendo la calle, es ése el ruido que escuchó.

ANDREA: Sí, lo sé. Pero él hace tanto que está acá encerrado, se confunde. Necesita volver a casa. Tocar sus muebles, su ropa. Abrazar a mamá.

VERÓNICA: ¿A mamá? *Pausa.* Y mamá ¿querrá abrazarlo? Ese capitán viene muy seguido.

ANDREA: Es por los papeles. Dicen que papá abandonó su puesto ...

VERÓNICA: ... Pero papá no estaba bien cuando se fue.

Vos sabés cómo fue todo. Las cosas que vio.

ANDREA: Claro que sé todo como es, tontita. No te preocupés tanto. Y mamá, vas a ver que se pone muy contenta cuando lo vea.

VERÓNICA: Ojalá.

ANDREA: Sí, seguro que se va a acordar de cuando fueron novios. Como en la foto, en su mesa de luz.

VERÓNICA: Esa foto ya la sacó.

ANDREA: Para limpiarla. Yo sé dónde está y la voy a volver a poner en su lugar. Y lo ayudamos a papá a ponerse lindo, como antes. ¿Qué te parece?

VERÓNICA: Sí, le tenemos que dar un buen baño y lo perfumamos. Y además lo dejamos en la bañadera un buen rato para que se relaje. Acá hay mucha gente. *Pausa.* ¿Será bueno que vuelva a casa? ¿Y si empeora?

ANDREA: Ves, sos una cagona. *Andrea a Lorenzo.* Estuve limpiando tus long play. Los bajé del armario donde los puso mamá. Y limpié el Winco. La púa estaba llena de pelusita. ¿Te acordás el de Los Gatos? La primera banda de rock argentina. Un milico rockero dijiste que eras. ¿Cómo era la letra? *Pausa.* “Estoy muy solo y triste acá en este mundo abandonado / Tengo una idea, es la deirme al lugar que yo más quiera”. *Lorenzo va organizando sus recuerdos y deletrea más que canta el inicio.*

LORENZO: “Me falta algo para ir pues caminando yo no puedo / Construiré una balsa y me iré a naufragar”

Andrea se une a la canción cantando bajito. Cantan los tres.

LORENZO, ANDREA y VERÓNICA: “Tengo que conseguir mucha madera / Tengo que conseguir de donde pueda / Y cuando mi balsa esté lista partiré hacia la locura”.

*Verónica y Andrea se callan y no pronuncian la palabra, se mira.
Lorenzo termina de cantar.*

LORENZO: “Con mi balsa yo me iré a naufragar”/ *Canta más bajito* “Con mi balsa yo me iré a naufragar”. No, a naufragar no. Voy a ir a casa. Abrazaré a mi mujer y volveremos a tener la vida de antes. ¿Trajeron lo que les pedí?

VERÓNICA: Papá, ¿seguro que te querés ir? Acá estás bien atendido. ¿Quién te va a cuidar en casa?

ANDREA: Sos cagona en serio, che. Yo me voy a encargar de él. Soy la mayor, es mi responsabilidad.

VERÓNICA: La responsabilidad sería de mamá. Y ella tiene que salir a trabajar y vos tenés que ir a al colegio o quedás libre.

ANDREA: No voy a discutir eso con vos ahora. Sos muy chica para entender.

VERÓNICA: Porque vos entendés mucho, ¿no? Vos no estás muy bien que digamos.

ANDREA: ¿Qué decís? ¿Qué vas a inventar?

VERÓNICA: ¿Y lo del tren no fue una locura, acaso?

LORENZO: ¿Qué hizo mi niña?

VERÓNICA: Se tiró abajo del tren.

ANDREA: No, no me tiré, ¿ves que seguís inventando? Me acosté.

VERÓNICA: Sí, a dormir con los durmientes.

ANDREA: Ah, mirala, qué graciosa.

LORENZO: ¿Y por qué hizo eso?

VERÓNICA: Creíamos que venías en el tren, era la fecha. Mamá nos dijo, pero ella no vino.

ANDREA: El tren tardaba.

VERÓNICA: Sí, pero eso no era motivo para que bajases a la

vía. Se puso a caminar mientras cantaba.

ANDREA: Mambrú se fue a la guerra, chirimbin, chirimbin, chirimbiiiii, Mambrú se fue a la guerra y no sé cuándo vendrá...

VERÓNICA: Sí, eso era lo que cantaba y yo me desesperé, papá. *Verónica se desespera porque ve en su imaginación de nuevo a Andrea bajo las vías.* Y le grité y le grité y lloré que saliese, que el tren ya venía, que... y el tren dele silbar y silbar y pasó sin parar y no la vi más. *Lorenzo acaricia la cabeza de Verónica.*

LORENZO: Cálmete, Andreita, que ella está bien. Mírela. Enterita.

VERÓNICA: No, no está bien. Ella estaba acostada y riéndose en las vías. Y pensé que estaba loca. Yo pensé que estaba loca. *Pausa.* Y después dijeron que vos también papá. ¿Pero es mentira, no? *Pausa.* ¿Pero qué vas a hacer en casa?

LORENZO: Andrea es muy valiente, es como yo. Vos saliste a tu madre, ella siempre fue miedosa. No te preocupes, yo las protegeré, soy un soldado, pero antes tengo que salir de acá.

VERÓNICA: ¿Y si esperarás a irte como tus compañeros?

LORENZO: No, no voy a salir como ellos. No voy a salir en camilla. Ellos se quedaron quietitos, quietitos y se los llevaron. Uno a uno. Me gustaba charlar con ellos, Juan, fue el primero, Pedro, Santiago. Todos se hicieron los dormidos. Pero no es eso fuga de valientes. *Bajando la voz, como diciendo un secreto.* Nosotros vamos a ser más astutos. Tenemos que infiltrarnos. Mimetizarnos. Pasar desapercibidos.

ANDREA: Papá tiene que venir a casa. Y si él está, mamá no

va a necesitar que venga nadie más. ¿En qué quedamos Verónica? Tenés que obedecer. Ya lo charlamos. Hay un plan y tenemos que cumplirlo. Y estuviste de acuerdo.

VERÓNICA: Tengo miedo, Andrea. Sí, yo quiero a papá en casa. Pero...

LORENZO: Nada de peros. No tenemos tiempo que perder. Antes tenemos que organizarnos. *Abre el cajón y saca una hoja de cuaderno con dibujos en lápiz.* Yo hice un plano. Miren acá. Hay dos escaleras. Por la de servicio, no podemos en este piso, está clausurada, pero sí en el segundo. Está acá. Verónica va delante y avisa si hay peligro.

VERÓNICA: Pero todos los caminos terminan en la misma entrada. Y ahí se van a dar cuenta.

LORENZO: No, es un hospital militar. Las controlan a Uds. No a mí. Hoy a mí no me van a detener, si trajeron lo que les pedí.

ANDREA: Sí, papá, trajimos todo.

LORENZO: Bien, muy bien, mis soldados. A organizarnos. Vos Verónica, andá a hacer guardia. Al enemigo lo vas a reconocer fácilmente. Se viste de blanco. Y si ves que viene alguno, avisás. La Farrington es la peor. Soldado Verónica, a cumplir con su deber.

VERÓNICA: Voy, papá. A la orden.

LORENZO: Sargento Lorenzo.

VERÓNICA: Sargento Lorenzo, ¿cómo les aviso sin que el enemigo se de cuenta?

LORENZO: Buena pregunta. *Pausa.* Venga acá. En las trincheras habíamos atado latitas a un hilo, para alertarnos. Su mano será el hilo. *Lorenzo abre el cajón de la mesita de*

luz, revuelve un poco y saca una cápsula de fusil. Cuando viene alguien, la tira para acá. Y si ellos escuchan el ruido, van a creer que es una cucharita que se cayó. Le da la cápsula a Verónica, que guarda en un bolsillo.

ANDREA: Esperá, Verónica. No te vayas todavía. Ayúdame a sentarlo. *Lorenzo se sienta con la ayuda de sus hijas.*

LORENZO: Jue pucha, que se endurecen las vértebras de tanto estar en la trinchera. Empujen hijas, que no soy de bronce.

VERÓNICA: Mirá qué flaco que está, se le ven las costillas.

ANDREA: Sí, acá lo matan de hambre, hay que sacarlo. En casa se va a alimentar bien. ¿Estás bien, papá?

LORENZO: Es solo desentumecer las coyunturas. *Lo sientan en un costado de la cama, con los pies colgando. Tiene una camiseta blanca de mangas cortas y también un calzoncillo largo, blanco. Andrea busca en su mochila y saca un par de medias.*

ANDREA: No pude encontrar las medias grises del uniforme, no sé dónde las guarda mamá, pero encontré estas amarillas. *Se las tira a Verónica.*

LORENZO: Esas no son medias de soldado.

VERÓNICA: Te las pongo igual, no podés tomar frío y enfermarte, justo ahora.

LORENZO: No son medias de soldado. *Se las deja poner.*

VERÓNICA: Tenés los pies muy blancos. Y están llenos de callos. *Le pone las medias.*

ANDREA: Dejá de cargosear a papá y apurate que tenés que ir a vigilar. Mirá si viene alguien y se arruina todo el plan.

VERÓNICA: No creo, ya pasó el horario de la comida. ¿No viste que se estaban llevando las bandejas del almuerzo? Igual me voy a vigilar. *Le muestra el cartucho vacío.*

LORENZO: De FAL, lo usaron los belgas antes, en la guerra del 39, puede llevar veinte cartuchos.

ANDREA: ¿Lo disparaste vos? ¿Fue a un inglés, no?

Lorenzo alucina nuevamente. Va cambiando la voz cuando habla cada soldado.

LORENZO: Sargento, tenemos hambre. -Aguante Salazar, sea hombre. -Pero señor, así como estamos no vamos a poder lavarles las medias a los ingleses, siquiera. -Y a eso no vinimos. -Señor, vi un montón de ovejas en el llano. ¿Puedo ir? -Sosa, queda a cargo, hasta que yo vuelva. *Pausa.* -Ahí tienen, para algo sirve mi FAL. Quiroga y Ud., Sosa, se encargan de cocinarlo. Pero se me van lejos, no sea que alertemos con el humo y se nos vengan encima. *Pausa. Tiene los ojos lacrimosos.* -Salazar, vaya a ver qué pasó con sus compañeros, a ver si se comieron el cordero, que demoran tanto. *Pausa.* -Sargento, conseguí una pata del cordero. Ellos quedaron tirados junto al fuego. Sosa tenía la mano sobre las brasas, chamuscada. -Hay que enterrarlos.

VERÓNICA: ¿Ves, Andrea, lo que lograste? ¡Papá, despertate, papá!

ANDREA: Andá, andá a hacer guardia. Yo me encargo. *Verónica sale. Andrea le besa la frente a Lorenzo. Lo abraza un momento. Lorenzo se "despierta". Andrea le comienza a poner pantalones grises, que también saca de su mochila.*

ANDREA: No pude plancharlos, están arrugados, pero mamá se iba a dar cuenta y queremos sorprenderla, ¿no?

LORENZO: La mujer de un soldado espera contra viento y marea. No debe haber venido, porque no le gusta verme débil, pero cuando me vea ahora llegar, con mi uniforme.

ANDREA: ¿Te podés parar? *Lorenzo se para con dificultad. Endereza la espalda. Andrea termina de subirle los pantalones.*

LORENZO: Dejá, esto lo hago yo. No son cosas que una hija deba hacer, ni siquiera por su padre. *Se sube la bragueta y ajusta el cinturón, pero lo hace más arriba de la cintura, quedando muy visibles las medias amarillas.* Es el que me dieron cuando me gradué. Cuero del bueno. *Le muestra la hebilla.* Y el escudo del regimiento. Regimiento 7 de infantería. *Respira profundo* ¿La chaqueta?

ANDREA: Estaba colgada y en su funda. Tiene un poco de olor a naftalina. Espero que justo ahora no se haya arrugado. *Saca un saco verde oliva que tiene las jinetas de sargento. Se escucha el tintinear de la cápsula.*

LORENZO: Peligro, el centinela nos advierte. Rápido, hay que camuflar todo. Guardá la chaqueta y empujá los zapatos debajo de la cama. *Lo hace. Se mete en la cama nuevamente y se tapa con la sábana. Entra Verónica.*

VERÓNICA: Falsa alarma. Era una enfermera, creí que iba a entrar. Me dijo que en 5 minutos se acaba el horario de las visitas.

LORENZO: ¿La Farrington?

VERÓNICA: No, era morocha.

LORENZO: ¿Pelo o piel?

VERÓNICA: Pelo y piel, señor.

LORENZO: Es de las nuestras. No nos va a traicionar. Pero, mejor ser prudentes.

ANDREA: Tenemos que apurarnos, papá.

LORENZO: Sí, antes de la próxima ronda, debemos salir.

VERÓNICA: ¿Vas a poder caminar solo?

LORENZO: Fíjate debajo de esa cama. *Le señala una cama vecina.* Vos, Andrea, ayudame, rápido. *A Verónica.* Abajo

del colchón.

Verónica levanta el colchón y saca un palo de escoba, que tiene en la punta y en la empuñadura papel metalizado, lo que le da cierta apariencia de bastón elegante, aunque es claro que no es auténtico.

LORENZO: Rápido, no tenemos tiempo que perder.

Andrea agarra la chaqueta, que ahora con el apuro por guardarla quedó arrugada. Le ayuda a ponérsela. Lorenzo va adquiriendo una postura marcial, deja de ser un cuerpo enfermo y se va vitalizando, aunque también se lo ve desprolijo con su chaqueta y los pantalones arrugados. Verónica y Andrea le ayudan a colocarse los zapatos, ambas arrodilladas ante su padre. Éste se para, pasa sus manos por la chaqueta. ¿Cómo me veo?

ANDREA: Fantástico.

VERÓNICA: Estás muy lindo, papá.

LORENZO: Falta algo. *Lorenzo estira la mano.*

ANDREA: Vero, está en tu mochila, vos la trajiste. *Verónica abre su mochila y saca la gorra reluciente de sargento y se la da a su padre. Lorenzo respira profundo y se la pone.*

LORENZO: Andá a la puerta, verificá que no haya ninguno demonio blanco. *Verónica sale.* Y vos, Andrea, encargate, yo no me fui de acá. *Le guiña un ojo. Andrea entiende. Saca una almohada de otra cama y coloca las almohadas para que parezca que hay alguien durmiendo. Junta también las cosas de su padre del cajón y las pastillas, las coloca en su mochila.* Falta algo todavía, Andrea. No me siento completo así.

ANDREA: No pude, papá. Juro que la iba a traer. Pero me vio Verónica y...

LORENZO: Es muy feo faltar a una promesa. Y era parte del plan. Ahora todo depende...

ANDREA: Iba a ser peor, en la entrada revisan todo. Pero está en casa, yo me ocupé de engrasarla cuando mamá

no estaba.

LORENZO: Está bien, no se disculpe mijita. Acérquese que me apoye en su hombro. No se preocupe, si el enemigo nos espera afuera, las defenderé a los garrotazos, aunque sea. *Blande el bastón como un garrote. Luego comienza a caminar lentamente, con paso inseguro, apoyándose en su hija y el bastón. Su desprolija y marcial vestimenta deja ver las medias color amarillo.*

Apagón

Índice

Presentación del Intendente Lucas Ghi	4
Palabras preliminares	5
LxS AUTORxS.....	8
LOS ELENCOS	10
LLORAR DE RISA - Daniel Feliu	12
MALVINA - Gabriela P. Manildo	17
EL SOLDADO - Chicho Vargas	23
A LOS PIBES - Juan Salvador Ramos	36
ABANDONOS - Víctor Spala	45
LA NIEBLA DE LA GUERRA ESTABA EN LAS VOCES. - Pablo Iglesias.....	58
LA TRINCHERA - Carla Lis Conti	66
LOS QUE VOMITAN SANGRE - Javier Gervasoni	76
NADIE VIO UN GANSO VERDE - Omar Daniel Tricarico ..	81
TRINCHERA BLANCA - Rodrigo Amuchástegui.....	89

T x M

TEATRO POR MALVINAS

T x M TEATRO POR MALVINAS

OBRAS GANADORAS DEL
CONCURSO DE PIEZAS
BREVES DE TEATRO

|||

|||

MODERN



||| MACEDONIA

